

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA:

“Sigo vivo...”

Por Silvia Cherem S.

A Miguel Ángel Granados Chapa la intemperie no le asusta. Una y otra vez, a lo largo de su historia, ha quemado sus naves sin saber a dónde irá. Lo hizo al marcharse de *Excélsior* en 1976, arrojado por el grupo de Julio Scherer. Al salir de *Proceso* en 1977, desgastada su relación con Scherer. Luego, al renunciar a *unomásuno*, por solidaridad con los accionistas. Y a *La Jornada* tras un pleito de principios con Carlos Payán. Ha sido líder de equipos, pilar de las publicaciones que moldearon la historia de México, pero sobre todo, ha sido un solitario que se cuece por aparte, tirando sus dados sin temor de mirar atrás. Su perseverancia, su capacidad de análisis y, sobre todo, su disciplina lo han mantenido vigente y en primera línea en el oficio periodístico durante más de 40 años.

Su mayor logro ha sido la permanencia de su Plaza Pública que publica diariamente desde 1977. “Un expediente diario” dice Carlos Monsiváis, “un espacio en el que destripa realidades como quien autopsia muertos”, apunta Vicente Leñero. Su memoria es prodigiosa, engarza y troquela las ideas en artículos que escribe de un jalón. Dice que redacta y depura cuartillas en la mente, luego ya sólo se las dicta a sí mismo. Corrige poco. Conserva un archivo mental de todos los personajes políticos y de quienes se le cruzan en el camino, inclusive recuerda a sus alumnos que, 30 años después, puede reconocer con nombre y dos apellidos.

Quisiera ser recordado como un hombre que a través del periodismo “ha intentado hacer el bien, difundirlo”. Pero el gremio lo reconoce por mucho más que eso: baluarte de la libertad de expresión, protector de periodistas, defensor de los derechos humanos, persecutor de políticos corruptos, delator del fascismo y de la derecha religiosa, y quien más conoce en México del funcionamiento del poder político, del comportamiento presidencial y de los manejos de la corte.

Comenzó en el periodismo cuando los columnistas tasaban las líneas al mejor postor. Él no se lo permitió. Dos veces intentaron comprarlo: la primera en 1975 cuando Marino Sagastegui, caricaturista de *Excélsior* le dijo que el regente Octavio Sentíes quería “venderle” una casa en la Campestre Churubusco sin enganche y con un crédito blando a 30 años, como a muchos otros periodistas de *Excélsior*. Y la segunda, en tiempos de Carlos Hank, en 1978, cuando el secretario de

Gobierno Manuel Gurría Ordoñez le insistió que “le permitiera servirle” regalándole una casa. Siempre se negó y así cultivó su fama. No acepta nada: ¡regresó hasta una videocasetera que le envió a su casa Javier García Paniagua! Por eso Granados Chapa hoy repite irónico la frase de Monsiváis: “Yo no sé quien me hizo ésa fama de honrado, que ya nada me ofrecen”.

Le propusieron dos embajadas y una delegación, no las aceptó. Jorge Castañeda padre, le convidó la embajada de México en Nicaragua en 1979, tras el triunfo sandinista; y Bernardo Sepúlveda, en 1983, lo invitó a ser embajador de México en Cuba. Cuauhtémoc Cárdenas, como regente del Distrito Federal, le ofreció la delegación Miguel Hidalgo en 1997. Todo rechazó por el lujo de ser periodista independiente. Lo único que sí aceptó fue ser Consejero Ciudadano del Instituto Federal Electoral en 1994 porque ello no intercedía con su Plaza Pública; por el contrario, le permitió seguir ejerciendo su libertad crítica.

Su primer reportaje sobre el fascismo en la Iglesia, en 1964, lo hizo acreedor a una tranquiza. Haría callo y, desde entonces, no desdeña ningún tema de la agenda política, ni siquiera aquellos que involucran al narcotráfico. Nada lo ha intimidado. Ni Echeverría cuando a él y a Scherer los amenazó de muerte en la gestación de *Proceso*. Ni el Procup, una guerrilla que en 1990 mató a dos guardias en la puerta de *La Jornada* para mandarle un puntual mensaje al periodista. Ni las llamadas de hostigamiento, que han sido pan de cada día. Ni siquiera lo acalambran quienes intentan amedrentarlo mencionando a sus hijos, como sucedió con Jorge Mendoza que era vicepresidente del Canal 13 y ahora es senador del PRI que, para acallar su continua postura de enjuiciamiento a TV Azteca y a Ricardo Salinas, le preguntó hace tres años: “¿No se le ofrecerá algo a Luis Fernando, que está en Georgetown, o a Rosario Inés que estudia en Harvard?”

Granados Chapa sabe que tiene enemigos y, sin embargo, no se protege ni se autocensura. “Me cuido no yendo a Tepito a las 12 de la noche”, dice sarcástico. A diferencia de Manuel Buendía que andaba armado, Granados Chapa es un pacifista que nunca ha tenido pistola ni acepta guardias: “son inútiles”.

Específicamente hoy teme a José Antonio Zorrilla, asesino de Manuel Buendía, que ya está libre. Granados fue el primero en acusarlo y sabe que podría matarlo. Asimismo, señala a Miguel Ángel Yunes y a Gerardo Sosa, a quienes ha acusado, por aparte, de corruptos y posibles protagonistas de actos delictuosos. “A Sosa y a Yunes –puntualiza– no les tengo miedo, pero sé que podrían atentar contra mí. Miedo le tengo a Zorrilla”.

Granados Chapa sostiene que el periodismo hace política, pero no es un factor de poder. Los periodistas no pueden transformar el mundo con su trabajo. “Soy realista, contribuyo a

modificar la realidad, pero no tengo capacidad de cambiarla”, dice. No cree en el periodismo objetivo ni clínicamente puro, sostiene que somos sujetos, no objetos, y que por lo tanto, todos, sin distinción, tenemos una preferencia partidaria.

Él se ubica en la izquierda liberal porque desde niño mamó la pobreza y la injusticia. “No me inquieta que me acusen de perredista, a diferencia de otros que expresan sus afinidades soterradamente, yo he sido honrado con mis preferencias. Procuero ser crítico también con el PRD, no fui un servidor de López Obrador mientras estuvo en el gobierno y lo critiqué abiertamente cuando organizó el plantón en Reforma tras su fallida elección”.

Se dice más partidario de Manuel López Obrador que de Cuauhtémoc Cárdenas, más cerca de Alejandro Encinas que de Jesús Ortega. A López Obrador lo distingue como el mayor dirigente social que ha tenido México por décadas, y le enfada que lo comparen con Hugo Chávez que “es un golpista, no un demócrata”. Es un claro defensor de los derechos sindicales y continuamente apoya con su pluma las luchas de los trabajadores.

Entre los políticos mexicanos, admira profundamente a Heberto Castillo, creador del Partido Mexicano de los Trabajadores; a Arnoldo Martínez Verdugo, líder del Partido Comunista, y sobre todo a Jesús Reyes Heróles de quien escribe su tesis doctoral, aún inconclusa. “Reyes Heróles es personaje clave, el mejor político del sistema en los últimos 50 años, sin él el país sería distinto, para peor. Le debemos la reforma política, la representación de las mayorías y el desmantelamiento del partido único omnipotente, sin estallidos. Reformó para conservar, fue una obra magistral”.

Tiene claro que los funcionarios son ciudadanos como cualquier otro, investidos temporalmente de poder. “No son aborrecibles ni adorables, simplemente ciudadanos, por ello no merecen ni reverencia ni repudio de facto”. Señala que nunca se ha hecho amigo de funcionarios en el poder porque éstas son amistades “meramente funcionales”. Ha tenido amigos en el poder, porque ya eran amigos de antes, como Heladio Ramírez López, quien fuera gobernador de Oaxaca y a quien conoció “cuando andaban en harapos”, y Miguel Limón, que fue secretario de Educación. A ellos dos los respeta, porque han sido honestos en el desempeño público; no así a Roberto Albores, gobernador de Chiapas, a quien exhibió por su comportamiento lesivo para la gente. Así se terminó la amistad.

Cuenta un chiste conocido que la diferencia entre Pepe Pagés Llergo y Julio Scherer es que Pagés por los amigos se olvidaba del periodismo y que Scherer por el periodismo, se olvida de los amigos. Granados Chapa fija postura: “Soy cuidadoso del lenguaje cuando alguien es mi amigo,

pero no dejo de decir las cosas. No callo la conducta indebida de un amigo, pero tampoco hurgo. Como decía Juárez: para todos justicia, y para los amigos, justicia y gracia”.

Afirma que tiene dos ingenuidades aldeanas: “el amor a la tierra y la creencia en el valor de las vidas ejemplares”. “Siempre estoy en Hidalgo”, dice. Colecciona fotografías con la torre del reloj de Pachuca, “la provincia del reloj en vela”, como escribió Ramón López Velarde. “Tengo una relación edípica con mi tierra. Cuando llego a Pachuca, al estar en el límite entre el Estado de México y el de Hidalgo, parece una tontería, pero siento calorcito, entro al seno materno”. Por ello y porque le enfada que Hidalgo ha sido gobernado por “ineptos y corruptos” que lo tienen condenado a la miseria, quiso ser gobernador de su Estado. No logró la alianza entre el PAN y el PRD, y se arrepiente de haber sostenido una candidatura que no consiguió un mínimo de electores. Hoy se esfuerza por conseguir nuevamente esa alianza para derrotar al PRI. Su candidata es Xóchitl Gálvez, y vive esperanzado que, ahora sí, logrará su objetivo.

Es melómano, bailarín y se sabe cientos de boleros de memoria. La carne y el vino rojo, antaño sus placeres preferidos, son ya un episodio cancelado por la enfermedad que lo acosa. Es un hombre formal que siempre viste de traje y corbata. Se habla de usted con amigos cercanos como Fernando Solana, Francisco de la Vega, Manuel Buendía y Julio Scherer, con quien sólo recientemente se tutea. Confiesa que nunca ha tenido un par de jeans o unos pants deportivos en su guardarropa, y que jamás se ha emborrachado. Es ecuánime y mesurado, siempre habla con propiedad, como si escribiera, y sólo una vez en su vida se ha salido de sus casillas al grado de mentarle la madre a alguien.

Le enfurece tener hambre, si no desayuna asegura que puede “cachetar a alguien”. Por eso a diario a la misma hora, las 9:30 AM, saliendo de su programa de Radio UNAM, desayuna lo mismo: dos huevos revueltos con pan y dos jugos de naranja. Aunque es autosuficiente en casi todo, no sabe cocinar nada, a lo más que llega es a poner agua y café soluble en una taza.

No se entiende del todo con la computadora, le sigue resultando ajena. Su primer coche, un Volkswagen, siempre Volkswagen aún hoy, lo compró a los 32 años. Se declara anti consumista, y por ese principio, no llevó jamás a sus hijos a Disneylandia. No es por una postura antiyanqui: sus hijos se formaron en Estados Unidos. Su mayor defecto: ser intolerante; pero trata de endulzarlo con la razón.

Afirma que no pierde el suelo. Lo perdió sólo cuando comenzó a trabajar, se compró un gasné y cigarros Benson and Hedges, por snobismo, que casi de inmediato desechó. La austeridad con la que creció ha sido su semáforo rojo para asentar los pies en la tierra.

A principios de 1970, en la época dorada de Excélsior, Julio Scherer le dijo a Granados Chapa: “Usted es casi perfecto, sólo le falta sufrir”. Respondió: “No veo la necesidad”. Hoy, a los 67 años y al hacer un desglose de su vida en 17 horas de entrevista, se pregunta si realmente ha sufrido. Concluye que no. Las muchas ocasiones de sufrimiento en su vida –especialmente el golpe a Excélsior y la salida de Proceso–, muy pronto se revirtieron en crecimiento y brillo; y la enfermedad que lo acosa desde el año pasado, en un derroche de cercanía, apapacho y amorosa generosidad.

“No tengo resentimientos de ninguna especie, la vida ha sido mucho más generosa conmigo que adversa y sólo tengo gratitud. He tenido momentos profesionales muy difíciles, pero éstos se han revertido de inmediato con signos de lo contrario. De modo que la pena, el pesar, la ira se han compensado. En los últimos años, tengo abundantes motivos de gratitud por la generosidad de las personas, más gratificaciones que motivos de pesar. Y, además, sigo vivo...”

El amontonamiento de premios

En 2008 no pasaba una semana sin que el periodista Miguel Ángel Granados Chapa recibiera una llamada para avisarle que recibiría algún premio u homenaje. Acosado por lo que parecía un cáncer irremediable, siguió trabajando sin cesar y los reconocimientos se fueron amontonando: ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, la presea Pedro María Anaya del Congreso del Estado de Hidalgo, la medalla Belisario Domínguez del Senado de la República, un homenaje en la UNAM organizado por sus alumnos de 1970 con la participación de 33 destacados intelectuales en ocho mesas redondas...

“Tenía una sensación dual, ambigua”, dice Miguel Ángel haciendo gala de su cabal salud. Ha recuperado más de 22 kilos de peso y el único recordatorio de su enfermedad es una dona de tela que carga “ya sin vergüenza” para sentarse. “Cuando empezaron los reconocimientos, me dio la impresión, que después deseché, que quienes organizaban esas cosas, percibían que de pronto me iba yo a morir y querían aprovechar para hacerlo mientras estuviera vivo. Pero les tomé el pelo. No me he muerto y recibo estos reconocimientos y el renacer con mayor gusto...”

Parecía ya no faltar ninguno, y con su sarcasmo habitual bromeaba con Shulamit Goldsmit, su pareja hace 14 años, y con sus hijos: “Algo anda mal esta semana, no ha habido premios, alguna irregularidad debe de haber”. En ese contexto entró el mes pasado una llamada a su celular: “Número Privado”. Jamás contesta llamadas de desconocidos, pero “Privado” podía ser su hijo Luis Fernando, que vive en Estados Unidos, o Javier Quijano, su abogado. La voz lo

desconcertó: “Habla Jaime Abello de Cartagena, de la Fundación para un Nuevo Periodismo Iberoamericano”. Granados Chapa pensó en colgar, pero un morbo curioso lo alertó: conocía a la FNPI. “El jurado de este año, en el que están Alma Guillermoprieto y Carlos Monsiváis han decidido otorgarle el Premio en la Categoría de Homenaje, por sus más de 40 años en el oficio, por su valentía...” Granados estaba seguro: era una broma de Monsiváis. Le gusta “el cultivo”, ver quién cae cuando le llaman diciéndole que habla Barack Obama o Felipe Calderón.

Alfredo Rivera Flores, su amigo desde la adolescencia, le insiste: “sólo ése te faltaba”. Aunque no estaba palomeando una lista, este premio que recibirá en Monterrey el próximo 1 de septiembre, le resulta muy bienvenido por su valor intrínseco y porque lo recibirá de manos de Gabriel García Márquez. “No he engañado a la gente, hay una tarea evidente y cuando hay grupos o personas que juzgan que esto es digno de ser reconocido, la fiesta me gusta. Una de las cosas que lamento de mi actual situación es que no puedo bailar, pero el festejo nadie me lo quita...”

Crucero: el inicio

Aunque su primer reportaje en 1964 no llevó rúbrica, Granados Chapa dejó claro el estilo que lo ha identificado en su carrera periodística: valentía e investigación cabal, y, desde entonces siendo un joven de 23 años, enfrentó sin callo periodístico las escabrosas consecuencias que puede tener el oficio.

Con una investigación acuciosa, en el semanario *Crucero* que fundaba entonces Manuel Buendía, publicó durante siete semanas, a partir del 23 de agosto de 1964, un reportaje de denuncia sobre el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO) y otros grupos fundamentalistas católicos clandestinos, como la Liga Universitaria Nacionalista y la Vanguardia Integradora de la Mexicanidad, exhibiendo su forma de organización, la juramentación en ceremonias secretas con una daga, un crucifijo y una calavera, los nombres de sus dirigentes y sus fuentes de apoyo incluyendo universidades públicas y privadas que, arropadas en un catolicismo intransigente al estilo Ku Klux Klan, incentivaban a estos grupos radicales anticomunistas, antijudíos y antiprotestantes.

Eran tiempos de franca división en la Iglesia. El Cardenal Tisserant, el segundo del Vaticano, permaneció 18 días en México en diciembre de 1963 con la intención infructuosa de convencer a los obispos fundamentalistas de la necesidad de reformar la Iglesia. La discordia era infranqueable. Por un lado estaban los progresistas, seguidores de las encíclicas y del Concilio

Vaticano de Juan XXIII; por el otro: derechistas, radicales y conservadores, opuestos a cualquier modernización.

La respuesta a la osadía de *Crucero* no tardó. *Puño*, el órgano informativo de MURO, alude en septiembre de 1964 “a los vodeviles mariguanescos de *Crucero*” y, aunque el reportaje no había sido firmado, desenmascararon al reportero Miguel Ángel Granados y lo acusaron de ser el “inspirador y propiciador del suspenso de este cuento que ha dejado temblando al Monje Loco”. Señala Granados: “El enojo manifestado de esa manera me comprobó que habíamos dado en el blanco: todo era cierto. Yo me había documentado bien, mis testimonios eran confiables. No tuve miedo, pero sí la certidumbre de que algo iba a pasar”.

Los pormenores detrás de esta historia nunca antes los había revelado. Miguel Ángel tenía un amigo muy querido, un sacerdote dominico suizo, Fray Tomás Allaz, por quien su segundo hijo se llama Tomás Gerardo. Allaz había hecho una primera denuncia contra el MURO en un artículo en la revista *Siempre!*: “Cristianismo sí. Contubernio político religioso, no”.

Apunta Granados: “Don Tomás y yo fuimos amigos durante muchísimos años. Había sido sacerdote obrero en Francia y era un franco opositor del uso de la religión católica como instrumento político. En la propia parroquia universitaria donde él actuaba, en el Centro Universitario Cultural a las afueras de CU, me interioricé en la espiritualidad católica con él y con otros dominicos. Yo era un católico ritualista, siempre fui a escuelas públicas y para mi madre ser católico era sólo asistir a misa los domingos. Estando en la UNAM, pude ir formando un criterio con la visión humanista de Fray Tomás que contrastaba con la de varios de mis compañeros de Ciencias Políticas, líderes de MURO, que hacían proselitismo en la universidad”.

Manuel Buendía y Granados Chapa estaban en la misma cuerda. Buendía había sido seminarista, luego panista y finalmente, tras rechazar el catolicismo de derecha, un franco opositor. Diferenciaba la religión ética, que promueve y busca la justicia, del catolicismo intransigente y radical; y se mostró dispuesto a que Granados realizara aquella investigación justamente en tiempos en que el propio Arzobispo Miguel Darío Miranda y Gómez escribía una carta pastoral de condena “a los grupos secretos”, misma que publicaron en facsímil en *Crucero*.

Había que documentar a qué grupos secretos se refería el Arzobispo. Granados bien los conocía y no tuvo empacho en hablar con sus compañeros universitarios haciéndolos creer que juramentaría como miembro de MURO, fachada de otros movimientos clandestinos. Participó en reuniones que, a ese efecto, se llevaban a cabo en una casa en la calle de Tuxpan, en la colonia Roma. “Desde el primer momento supe que había contraído una deuda que me harían pagar

porque expuse la violencia de la que eran capaces los grupos subterráneos. Ello iba a tener un costo”.

Y lo tuvo. En marzo de 1965, casi nueve meses después, un grupo de jóvenes que se hizo pasar por estudiantes lo atrapó y secuestró en un Mercedes Benz para golpearlo sin clemencia, y en la Magdalena Contreras, despoblada entonces, lo encueró y amarró a un árbol para darle una paliza feroz. El mensaje era claro, sus adversarios creían que a golpes aprendería a guardar silencio.

El trayecto de Ciudad Universitaria a Contreras no fue breve; iban dando vueltas para perder a una patrulla de la policía universitaria que los perseguía. Un amigo de Granados dio aviso, gritó y alertó al servicio de seguridad de la UNAM, pero no logró alcanzar al Mercedes Benz negro en el que lo llevaban. “Por lo que pude sentir, lo obligó a dar muchas vueltas. Iba yo en el asiento de atrás flanqueado por dos de los cuatro tipos que me pescaron. No sabía qué iba a pasar, finalmente lograron esquivar a la policía”.

Cuando estaba ensangrentado en la Magdalena Contreras, dice que más que coraje o miedo, sintió “alivio”. “Era un crédito que había ya cubierto. Tenía ese pendiente, sabía que un día iba a ocurrir y no fue tan grave porque hubieran podido matarme. Arrostré las consecuencias como parte del oficio y para mi suerte el costo no fue tan elevado: pagué la deuda y contraí un lazo de amistad con Buendía, quien me cobijó en todo momento”.

Además no aprendió la lección: jamás se callaría. *Crucero* exhibió la golpiza. Buendía y él presentaron además una denuncia penal y el Procurador de Justicia, Fernando Román Lugo, accedió a investigar los hechos. Fernando Merino, compadre de Buendía, se encargó de la investigación. “Con información de la policía universitaria encontramos el coche Mercedes Benz negro. Era de Eduardo Turati, uno de los golpeadores. También reconocimos a Jorge Martínez, un muchacho medio lumpen, cosa rara, porque los de MURO eran muchachitos bien, procedentes de las escuelas de derecha, sobre todo, lasallistas”.

Sin embargo, un día Merino les dijo a Buendía y a Granados: “tengo órdenes del Procurador de no seguir”. En el gobierno de Díaz Ordaz trabajaba Luis Farías, director de prensa de la Secretaría de Gobernación, quien según Granados en sus años universitarios en la década de 1940 había sido jefe de Los Conejos, organización equivalente a MURO, y seguía siendo cercano a estos grupos secretos. Luego fue diputado y gobernador de Nuevo León. “Ahí quedó todo: con la identificación de dos de los golpeadores y sin ninguna consecuencia”, señala.

Casi 15 años después, el 3 de mayo de 1978, en su columna Plaza Pública en *Cine Mundial* Granados denunció a la Unión Nacional de Padres de Familia como una organización conservadora y reaccionaria, infiltrada por fascistas. Mencionó a su nuevo presidente: Eduardo Turati, que después fue diputado del PAN. Textualmente: “¿No una persona de ese nombre participó en 1965 en el asalto a un periodista que había denunciado a los grupos secretos de corte fascista que se ocultaban tras la mampara de MURO?”. Sin ser de los golpeadores, denunció asimismo a Federico Muggenburg, uno de los ideólogos del Centro de Estudios Económicos del Sector Privado de la CONCANACO, que era parte de la estructura de MURO; y a Luis Felipe Coello y a Guillermo Vélez Pelayo, presidente y vicepresidente del Movimiento.

Paradójicamente, por esos vuelcos que da el destino, a Vélez Pelayo lo apoyó Granados Chapa en 2001 porque, siendo funcionario de la Secretaría de Trabajo, padeció el asesinato de su hijo de 30 años a manos de la novísima Agencia Federal de Investigaciones que, sin pruebas, lo acusó de secuestrador, torturó y acabó asfixiando. El periodista, en su Plaza Pública, dejando de lado la actuación de Vélez Pelayo en MURO, denunció el hecho.

Crucero no logró despegar y Granados renunció en 1965 para fundar INFORMAC, una agencia periodística con Fernando Solana, su maestro en Ciencias Políticas y quien llegaría a ser en 1968 Secretario General de la UNAM: “Era un adelanto en mi desarrollo profesional, iba a tener áreas de responsabilidad a mi cuidado y a Solana lo admiraba mucho”. De hecho, Luis Fernando, su primogénito se llama Fernando por Solana.

La relación con Manuel Buendía se afianzó asimismo con los años. “Fui su subordinado un año y fuimos amigos 19 años”, dice Granados, quien ha sido punta de lanza en la investigación y enjuiciamiento de los responsables del asesinato de Buendía.

Estampas infantiles

A sus 10 años, en 1984, Rosario Inés, la tercera hija de Miguel Ángel, la menor y única mujer, así llamada por Rosario Castellanos y Sor Juana Inés de la Cruz, le dijo a su padre en la carretera de Pachuca a México: “Detesto cómo te trata tu familia”, deslindándose con el tu posesivo de su abuela y tíos, como si no fueran su familia también. ¿Por qué?, preguntó el padre sin imaginar la respuesta lapidaria de su niña: “Porque creen que eres Dios”.

Y en efecto, sin ser el primogénito, ni el benjamín, tampoco el único hijo varón, fue el consentido desde niño, “el comodón” como dice él, como si la familia hubiera detectado en ese

pequeño inteligente y contestatario, a quien les daría fama y renombre por su implacable compromiso para destripar realidades con la palabra precisa.

“Por puro azar, bendito para mí, fui un niño consentido de mi madre y de mis hermanos. No hay razón objetiva para que así fuera –dice quien intuye que así se llama por Miguel Ángel, el pintor–. Fui el preferido desde siempre, aún antes de que se dieran cuenta que era yo abusado. Mi mamá, que era muy alentadora, siempre me dio libertades que no le dio a mis hermanos”.

Nació el 10 marzo de 1941, en Hidalgo. Fue el tercer hijo de seis engendrados por su madre, el primero y el último murieron antes de un año, y quedaron: Horacio Augusto, Emelia Ofelia, Miguel Ángel y Armando, a quienes se sumó desde siempre Elbecia, su prima y “hermana mayor”. “A Elbecia la crió antes de tenernos a nosotros, es hija de una hermana suya que murió trágicamente”.

Vivían muy humildemente en una vecindad en la colonia Morelos en Pachuca, en cuyas calles de tierra corrían las aguas negras del drenaje a cielo abierto y donde Florinda Chapa Díaz, madre de Miguel Ángel, cosía ajeno y atendía un expendio de pan. “A veces, siendo un pequeñito, mi mamá me dejaba al pendiente del expendio de pan”, dice. Su honra era ser también maestra de un preescolar propio, “La Escuela”, donde enseñaba a cerca de 40 niños, entre ellos a Miguel Ángel que a los cinco años aprendió a leer y a escribir.

Su madre le legó su reciedumbre moral y ética, es la heroína de su vida, una mujer que sin formación académica fue maestra durante más de 80 años. Se refiere a ella como: “mujer arrinconada y frágil”, califica su dulzura como enérgica.

En los años treinta, el gobierno propiciaba que las haciendas que iban a ser fraccionadas para el reparto agrario, tuvieran obligatoriamente escuelas para ampliar la cobertura educativa. Doña Florinda, cuando era una niña de 13 años fue contratada como profesora en una hacienda de Hidalgo, cerca de Zumpango. Cuenta Miguel Ángel: “Ahí conoció a mi padre: un campesino, dirigente agrario y ejidatario con una pequeña parcela. No era próspero, vivía muy precariamente. Era uno más de los acarreados del PRI que iba a mítines, como tantos otros campesinos que esperaban recibir su tierra. Ahí se liaron, nunca se casaron. Fue una relación larga y tuvieron muchos hijos que jurídicamente nunca tuvo que reconocer. En el registro civil de Pachuca o el de Mineral del Monte, donde nació, había una gran laxitud y admitían la palabra como ley; por eso todos llevamos el apellido de mi padre sin necesidad de ostentar un certificado matrimonial. Pero mi madre no mentía: fuimos hijos naturales.”

Cuando Miguel Ángel tenía cuatro años, su madre estuvo a punto de morir. Embarazada, llevaba varios días con el bebé muerto en su seno. Él no recuerda haberse preocupado, pero tiene fresca la llegada del doctor Lagarde para trasladarla en su llamativo coche al hospital. A la colonia Morelos entraban escasos automóviles, las calles estaban sin pavimentar y siempre que entraba un coche era una novedad para la palomilla de niños que felices comían el polvo que el auto levantaba a su paso. “Aunque la causa era atroz, porque el doctor venía por mi madre muy enferma, estábamos felices cuando vimos el coche del doctor que tenía una especie de repisa para choques traseros, una defensa distante de la carrocería que era casi un asiento, una invitación a que nos subiéramos de mosca. Por eso era bienvenido. Pudo más en mi ánimo de niño ver que venía el coche, que la razón por la cual venía”.

Su abuela y su hermana mayor Elbecia estuvieron a cargo y la madre, que tenía afición de cantar, regresó pronto a casa. Miguel Ángel la recuerda cantando “Anoche a las dos” de Gardel, un tango trágico que narra el balazo que le propina un hombre decente, trabajador en una imprenta, a su mujer infiel: “¡Gata!, con un arañazo/ pagas mi amor, inconsciente,/ no merecés ni el balazo/que un hombre decente/ te acaba de dar”.

Miguel Ángel creció en las calles del barrio y doña Florinda, sabiendo la fascinación de Miguel Ángel por la música, cuando la banda de Les Baxter tocaba en la radio “Tango Azul”, le gritaba para que suspendiera sus juegos, corriera a la casa y tuviera el placer de escuchar aquella melodía francesa, aunque sólo gozara los últimos trompetazos. A Miguel Ángel lo tenía en una mano, a todos sus hermanos en la otra. A él le permitió escoger a su madrina de primera comunión, estudiar, tener futuro.

De su padre Dionisio Granados Mendoza, casi no habla. Resiente su irresponsabilidad, tenía varias casas y sólo de repente iba a visitarlos. “Me chocaba una expresión suya: ‘yo le ayudo a tu mamá’. No sentía obligación económica. No le guardé resentimiento, sí indiferencia”, señala. “A nosotros nos habían hecho creer que no vivía con nosotros por la naturaleza de su trabajo: agricultor que cultivaba alfalfa en su parcela en Actopan. En algún momento nos quedó claro que no era así: no éramos su única familia. Ahí establecimos distancia”.

Miguel Ángel no tardó en confrontarlo. Había construido un cajoncito para bolear y cuando ocasionalmente iba su padre a visitarlos le boleaba sus zapatos. Un día mientras lo hacía, su padre leía el periódico *La Prensa*. “Me hizo un comentario: ‘mira qué mentiroso’, leía la columna política de Roberto Ramírez Cárdenas. Yo estaba inclinado en el suelo. Le repliqué: Mira quién habla de mentiras. Él reaccionó instintivamente, lanzó una bofetada que no me dio. Los dos

sabíamos de qué estábamos hablando, y ahí se quedó. Supo que yo estaba al tanto como mis hermanos, de su situación y de la nuestra. Nunca más lo enfrentamos”.

Cuando Dionisio Granados murió en 1965, Miguel Ángel tenía cuando menos tres años de no verlo y le confió a Buendía que se sentía mal porque no sentía dolor, ni pesadumbre. Le pesaba la indiferencia. “Hablamos de la relación con mi padre, de la relación paterno filial en general, Buendía era muy buen padre. Comimos en algún lugar de la Zona Rosa y caminamos en Reforma, entre el Monumento de Cuauhtémoc y el de los Niños Héroes, seis horas de ida y vuelta hablando, fue muy aliviador. Me hizo entender que en las circunstancias de mi padre era difícil exigirle una conducta distinta de la que tuvo. Era un hombre movido más por instintos animales, que por móviles racionales. Procreaba y seguía su paso”.

A pesar de ello, doña Florinda siempre lo aceptó. Cuenta Granados Chapa que cuando en 1981 recibió el Premio Nacional de Periodismo por vez primera, un medio hermano, hijo de su padre, mucho mayor que Miguel Ángel, le organizó una gran comida en su rancho en Hidalgo para festejarlo. Ahí se vieron doña Florinda y doña Nicolasa, la madre del dueño de la hacienda, que no tenían rivalidad alguna. Pasaron horas aisladas. “Entre burlas le preguntamos luego a mi madre si habían estado hablando de mi padre y respondió que sí. Mi padre era capaz de generar amor de ambas. Y hubo varias mujeres más, tengo más medios hermanos. Algunos que ni siquiera conozco y de cuya existencia sé. En una paradoja terrible, mi padre acabó finalmente casado por vez primera con una mujer con la que no tuvo hijos.”

Para mantener la casa, casi todos los hijos trabajaron desde muy pequeños y sólo Miguel Ángel tuvo oportunidad de estudiar. “Yo trabajé hasta la universidad, ése fue mi privilegio. Mi hermano Horacio trabajaba desde los 6 años, en la zapatería de mi tío Alfonso, hermano de mi madre. Luego, en otra zapatería. A él le debo mi manutención en México para poder ir a la universidad, una deuda enorme que he tratado de resarcir”.

Ser periodista

El 5 de marzo de 1953, Miguel Ángel corría en los pasillos de la primaria gritando que Stalin había muerto. “Iba yo gritando la noticia, pero a nadie le importó, nadie sabía quién era Stalin”. La fascinación por la información viene desde niño. El tío Gilberto, obrero textil y hermano de su madre, compraba periódicos que Miguel Ángel leía a cabalidad y, luego, en los noticieros radiofónicos saciaba su interés de estar al tanto de lo que ocurría en el mundo.

En su casa no había libros, si acaso los de texto, pero ello no fue impedimento. En tercero y cuarto de primaria, su maestra Carmen Alvarado, a quien él invitó de madrina de su primera comunión, lo invitaba a leer en las tardes en su casa los tomos de *México a través de los siglos* de Vicente Riva Palacio, de Editorial Cumbre. “Ella alentaba este discurso de generosidad a los liberales en aquellos libros inconvenientes: verdes, grandes, preciosos. Era una típica profesora de la República: liberal, laica, y supongo que no estaba casada con su marido. No tuvo hijos y me acogió. Por donde andaba era yo consentido”.

La maestra Alvarado lo ponía a redactar discursos cívicos para honrar a Morelos, “santo patrono del pueblo”, y desde la primaria Granados Chapa era el orador de la clase cada 30 de septiembre, aniversario del nacimiento del Cura Morelos, fiesta del pueblo. La colonia Morelos, aunque cercana a Pachuca, era como un pueblito en el que la vida comunitaria giraba físicamente en torno del Jardín Morelos, y cívicamente en torno de la figura del Padre Morelos. En la fiesta había carreras de caballos, rifas. “Se volvió entrañable Morelos, lo llegué a conocer a fuerza de escribir sobre su vida y hablar en público de él”.

Ya en la adolescencia, se había decidido que al igual que Elbecia y Emelia, Miguel Ángel estudiaría la carrera de comercio, sería secretario taquígrafo o contador privado. En la caja de la Academia Yrigoyen, a sus 12 o 13 años Miguel Ángel convenció a su mamá que lo inscribiera en la secundaria. “Ella alegaba que no tenía sentido, era parte de un proceso que no iba a concluir”.

Su madre lo inscribió en la Secundaria para Hijos de Trabajadores: Escuela de Enseñanzas Especiales Tipo A, número 15, que era la de gente más humilde en aquella Pachuca clasista. Miguel Ángel fue el alumno más destacado de su generación, sólo las matemáticas eran “su coco”, pero supo arreglárselas: “Mi buen amigo Luis Manuel Ángeles, que era buenísimo para las matemáticas, supongo que a la hora de los exámenes metía la mano para ayudarme. No me acuerdo bien, teniendo un velo en mi beneficio”.

Destacó especialmente en oratoria, siempre ganaba los concursos. Sus compañeros recuerdan un discurso sobre el uso de la energía atómica en el que para silenciar a la claude que favorecía a otro contendiente, haciendo un ruido ensordecedor cuando Miguel Ángel hablaba, dijo: “Silencio, prófugos del arado”. “Quería yo decirles: cállense bueyes, pero busqué una forma más elegante”.

Durante sus vacaciones trabajó como mozo en una fundición y en la imprenta del periódico *El Observador*, donde hacían volantes. Había sido un periódico, el único exitoso en los años 30 o 40 en Pachuca y había cerrado por avatares políticos, pero permaneció como imprenta.

“Era un lugar maravilloso. Había dos cosas que me fascinaban: formar los tipos móviles, y entintar y manejar la prensa”.

Al terminar la secundaria estuvo a punto de cambiar el rumbo de su vida y ser militar. El hermano de uno de sus amigos era subteniente y su cuñado era teniente, y conoció las ventajas salariales de la carrera militar que, al cabo de tres años, permitía percibir casi 20 veces más de lo que ganaba su hermano Horacio trabajando en una zapatería. Alentado por la posibilidad económica se inscribió en 1958 en el Colegio Militar. Sin embargo, desde las novatadas que duraban casi seis meses de golpes y humillaciones, con las que uno se ganaba el Diploma de Potro, entendió que esa clase de disciplina no era para él.

“No toleraba saber que la persona que tenía poder sobre mí era menos inteligente que yo. Tenía que acatar sus órdenes, por el simple hecho de ser órdenes. Había un teniente oaxaqueño, que decía: ‘Taconis, metan taconis’, para indicar que pisáramos firmes. Un hombre muy tonto, no porque hablara mal, sino porque era tonto. Era mi superior. En mayo me fui, no aguanté, no completé ni siquiera la novatada”.

Al entrevistarlo cuestiono qué hubiera sido su vida, si hubiera perseverado en la carrera militar. Responde: “Nunca lo he pensado. Pero una respuesta de mi madre, me hizo pensar qué hubiera pasado si no hubiera ido a la secundaria. Un día que festejaba algún logro profesional mío le dije: “¡Y tú que querías que fuera contador!” Contestó con esa confianza desmedida en mi persona: ‘Si hubieras sido contador, hubieras sido el gerente del banco’”. Así es que siguiendo su línea de pensamiento: Miguel Ángel hubiera sido ¡el Secretario de la Defensa!

Miguel Ángel, portando el uniforme, se escapó del Colegio Militar saltándose las bardas. Su madre, gozosa de que regresara, lo obligó a regresar uniforme y botas, y lo salvó así de ser un desertor porque la baja aún no se aplicaba. Se inscribió en la preparatoria: Instituto Científico Literario Autónomo con el afán de ser periodista y comenzó a serlo. En el Sol de Hidalgo, en Pachuca, tenía con su amigo Arturo Herrera una columna “Phosil”, donde narraba los sucesos cotidianos de la prepa. Aunque nunca lo reconoce, ése fue el inicio de “hacer la información”. No era una columna firmada. “Cuando ya otros sabían que nosotros éramos quienes la escribíamos, la medio firmábamos: Phosil H, era Arturo; Phosil G, era yo”.

En aquella preparatoria lo determinó también la cercanía con el Dr. Pedro Spínola, maestro de Literatura Universal y dueño del único laboratorio de análisis clínicos en Pachuca, que compró la Librería Principal, para renovarla porque sólo tenía libros polvosos y viejos. “Me prestaba los libros, a condición de que no los abriera mucho, para que siguieran siendo nuevos, y

en V leí cinco libros de la Colección Letras Mexicanas: *Casi el paraíso* de Spota, *Confabulario* de Arreola, *Juan Pérez Jolote* de Ricardo Pozas, *El llano en llamas* de Rulfo, y *La región más transparente* de Fuentes. Además con su apoyo pusimos la obra de teatro *Las cosas simples*, de Héctor Mendoza. Fui auxiliar de la dirección y actor secundario: pandillero”.

El tránsito natural de la preparatoria fue la universidad. El profesor Serafín Threbetan, profesor de sociología, organizaba unas tertulias los sábados en la tarde en el Casino Español, con quienes quisieran, para hablar de arte y temas humanos. No contaba para la calificación. Miguel Ángel se hizo asiduo. “En el curso de la conversación, percibió cuáles eran mis intereses y un día vino con una guía de carreras universitarias, una publicación escrita por el doctor Jorge Derbez, un psicoanalista reconocido. Esto le puede interesar, me dijo, mostrándome la descripción de la carrera de Periodismo en la UNAM. Era nueva, tenía escasos años de fundada y me deslumbró, comprobé que eso era lo que yo quería hacer”.

Para no provocarle insatisfacción a su madre, optó también por Derecho. Dos carreras: Periodismo y Derecho. “No cedí a ninguna presión, porque nunca me la hicieron ni mi madre ni mis hermanos, pero me pareció justo compensarlos de alguna manera porque ellos me mantendrían mi estancia en México. Sentí que había una desilusión con Periodismo, Derecho era la profesión conocida, y opté por las dos. Fue enriquecedor y placentero, eran dos mundos diferentes que se complementaban. De 7 AM a 11 AM iba a Derecho, y a las 4 de la tarde empezaba en Ciencias Políticas. Entre actos hacía tareas en la Biblioteca Central. No había tiempo para nada más”.

Primeras lecciones vitales

A la mala, al terminar ambas carreras aprendió una lección que le serviría a lo largo de la vida: el talento requiere humildad. A mediados de 1960, Miguel Ángel quiso unirse en matrimonio con su novia Marta Isabel Salinas, normalista hidalguese, con quien estuvo casado 12 años y quien llegaría a ser madre de sus tres hijos. Doña Florinda lo increpó: “Tienes pendiente recibirte”.

Para cumplir, decidió hacer a vapor su tesis de Periodismo con el título “Hacia una Ciencia de la Información”, sin imaginar que tendría que hacer una segunda porque su profesor Henrique González Casanova se la rechazaría. “No fue porque estuviera mal hecha. No le caía yo bien y fue un desafío irresponsable de mi parte no atenerme a las regulaciones de la universidad. Dicté al estencil directamente, no hice un borrador a máquina que revisaran los profesores y que me permitiera obtener la autorización de la Facultad”.

Con la tesis ya impresa, pidió que le asignaran un jurado que fue buscando uno a uno para que se la firmaran: Jacobo Zabludovsky a quien no conocía entonces; y sus maestros Fedro Guillén, María del Carmen Ruiz Castañeda, Fernando Solana, Mario Rojas Avendaño. Todos la aprobaron. Cuando llegó el turno al último, Henrique González Casanova, dijo: “Esto no es válido, hay que seguir las formas y no lo acepto”.

“Me peleé con él, era el jefe del departamento de Comunicación. Mi tesis no era ni mejor, ni peor que las habituales, pero si me quería recibir tendría que hacer una nueva”. Henrique González Casanova había sido su maestro. “Desde siempre nos caímos mal, teníamos una sensación recíproca de antipatía”.

Enseñaba redacción de artículos y editoriales, una materia que a Miguel Ángel le gustaba. Eran un grupo muy pequeño, seis alumnos, y el único que quería ser periodista era Miguel Ángel. Llegó el día del examen. Dio cuatro temas para escribir un artículo. “Yo caí en la provocación o el desplante infantil, que quizá tenga que ver con la falta de reconocimiento paterno, y escribí los cuatro en el tiempo que mis compañeros escribieron uno. Cuando nos juntó para entregar calificaciones, me saltó, era el primero yo de la lista, y empezó a dar las calificaciones de mis cinco compañeros. Ocho para casi todos. Dijo: ‘Granados, seis’. Le respondí: Eso no es cierto. ‘Tiene seis’. No dijo por qué”. En la boleta le puso diez y una nota: “El talento requiere humildad”.

Para la siguiente tesis, más descriptiva que analítica, estudió los periódicos, escribió la historia de la sección editorial en el mundo y en México, y comenzó a enfilear su rumbo al artículo de opinión. Su suerte fue estudiar en la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales, que en la década de 1960 vivió su edad de oro. Pablo González Casanova, el hermano de Henrique, era el director de la Facultad, y la planta docente incluía a Enrique González Pedrero, Víctor Flores Olea, y Ernesto de la Torre, por quien Miguel Ángel ocupa la silla en la Academia Mexicana de la Lengua.

“De la Torre fue mi maestro de Técnicas de Investigación Documental y su espíritu sigue presente en mi trabajo. Me enseñó a tener rigor en la investigación, hacer constar los resultados en fichas. Ya no hago fichas ahora, pero antes como paso previo a un texto siempre las hacía. Me enseñó el modo de buscar, dónde, cómo consignar los resultados de la investigación”.

Otro de sus maestros fue Fedro Guillén, “un santo dulcificado que caminaba como si flotara, con la mirada en el cielo”. Enseñaba Redacción de Nota Informativa, pero como nunca había sido reportero, daba lecturas: Romain Rolland, Tolstoi, Vasconcelos, Martín Luis Guzmán. “Hablaba de los libros y los autores, con la creencia de que la nota informativa podíamos

aprenderla en otro lado, en algún manual, en cambio lo suyo eran sabrosas lecciones de humanismo”.

Quizá el más determinante fue Fernando Solana: “moderno, con una visión hacia adelante” que les recomendaba leer revistas extranjeras: Time y L’Express. “Continuamente nos calaba, quería saber quiénes eran sus interlocutores. Y desde el primer día a sus seis alumnos nos puso un cuestionario de cultura informativa: ¿Quién es el Primer Ministro de Israel? ¿El PIB de México? ¿Qué significa UNASUD? Yo sabía mucho más que mis compañeros, que estaban ahí por algún equívoco. Solana me vio con interés, con amabilidad y me separó del grupo. Muchas veces la clase me la daba a mí. Andando el tiempo me hice su adjunto y, luego, me invitó dos veces a trabajar con él: en INFORMAC y luego en Radio Educación”. Con él comparte Miguel Ángel una amistad de medio siglo, siempre con el formalismo de hablarse de usted.

INFORMAC de Solana

Cuando Miguel Ángel llega a INFORMAC en 1965, era ya un hombre formal: de traje y corbata, y gruesos lentes de pasta negra. “Con uno de mis primeros sueldos de Crucero dejé los harapos, me compré un traje, ya no de esos de 100 pesos de pésima calidad que compraba en La Explosión, una tienda en República de Brasil”. Antes sus trajes eran oscuros, hoy se da el lujo de comprarlos de marca y más modernos; asimismo cambió sus lentes de pasta por unos Bulgari, más ligeros.

En INFORMAC, sin tener conciencia de ello, sembró las bases de su columna, su Plaza Pública. Miguel Ángel, jefe de información, dirigía de hecho la oficina, inclusive atendiendo aspectos administrativos. Ahí hacía dos servicios periodísticos semanales: La Semana Económica y la Carta de Información Política, CIP, un análisis de los acontecimientos políticos, germen de su trabajo futuro. INFORMAC los vendía a distintos periódicos, como *El Día* que compraba La Semana Económica con información sobre la Bolsa, los movimientos bancarios, las empresas, la economía pública, las finanzas, Hacienda. Para hacerla, Miguel Ángel tenía dos reporteros a su cargo que iban a lo que entonces era la Bolsa de Valores de México, un despachito en la calle de Uruguay con tres agentes: Carlos Slim, Roberto Hernández y Onésimo Zepeda, que tuvo vocación sacerdotal tardía.

En INFORMAC se fueron abriendo escenarios y ahí hicieron las primeras encuestas de opinión que hubo en México. Solana subcontractaba servicios y también hizo encuestas de

mercadotecnia. Entre sus clientes estaban: Gillette, el Seguro Social y la Unión Nacional de Productores de Azúcar a quien le hacían una revista y sus boletines de prensa.

En mayo de 1966, Solana fue nombrado Secretario General de la UNAM por el Rector Javier Barros Sierra, y en lugar de ascender a director de INFORMAC a Miguel Ángel, que de hecho lo era, nombró a Luis Lezur, el contratista de las encuestas que nada sabía de periodismo. “Me dijo Solana: ‘Está usted muy joven’. Tenía 24 años. Firmábamos contratos de montos altos y a Solana le parecía que generaría desconfianza que los firmara un muchacho tan joven como yo. Esa fue la razón que me dio, aunque él fue Secretario de la UNAM siendo muy joven también, a sus 32 años”.

Miguel Ángel renunció, Solana le pidió que se quedara como subdirector. Dijo: “No nos podemos ir los dos al mismo tiempo”. La relación entre director y subdirector se fue tensando, hasta que Miguel Ángel, un hombre pacífico, le mentó la madre a Lezur. “Nunca he vuelto a mentarle la madre a nadie. Estaba harto. No era yo el director y actuaba como si lo fuera. En algún momento Lezur se quiso meter en algo periodístico, no lo dejé y nos hicimos de palabras. Mi estado de ánimo agrandó el problema, llevaba seis meses aguantándolo. Acabé de estar, como dice Vicente Leñero de las sirvientas, y me quedé sin empleo justamente a unas semanas de mi boda con Marta Isabel”.

Los inicios en Excélsior

Miguel Ángel entró a *Excélsior* en diciembre de 1966, pensando que ahí se jubilaría. Su primer trabajo fue como corrector de estilo en la mesa de redacción. Carlos Camacho, reportero de deportes, dijo en una reunión de amigos, sin saber que Miguel Ángel estaba sin trabajo, que se había abierto una plaza. Se presentó, lo probaron dándole a revisar un tambache de originales y lo emplearon inmediatamente. “Tan inmediatamente que a la siguiente semana tuve que pedir vacaciones de una semana, para irme de viaje de bodas a Tequisquiapan y Guanajuato”.

Victor Velarde, que era el subdirector de *Excélsior*, y Arturo Sánchez Aussenac, jefe de redacción, lo alentaron inicialmente. “Me impulsaron con ese apapachamiento que me ha ocurrido tan seguido en la vida. Se encantaron con mi trabajo y me dieron oportunidades de desarrollo casi inmediatamente. A los dos años estaba ya como si fuera un viejo cooperativista. Hacía yo muy bien mi trabajo y les gustaba a los jefes”.

Lo apoyaban inclusive en contra de los dinosaurios del periódico. Cuenta que un día, por ejemplo, entró Manuel Mejido, una gran figura entonces, a pedir su texto para añadirle algo.

Miguel Ángel lo estaba corrigiendo. “Mejido era un pésimo redactor. Entró con el garbo de quien tiene alto aprecio por sí mismo. ¿Quién tiene mi texto?, preguntó. Se lo di y se incendió. Se puso furiosísimo porque lo había yo puesto al derecho. Enloqueció. ¿Quién cree que es usted para hacer esto? Sánchez Aussenac se acercó: ¿Qué te pasa Manuel? Mira lo que hizo este corrector con mi original. Sánchez Aussenac leyó el texto y me lo devolvió a mí. Le dijo: Deberías de darle las gracias. Mejido se fue ufano, nunca tuvimos buena relación”.

Muy pronto empezó a hacer las otras funciones que se hacían en la mesa: diagramar, hacer cabezas, reescribir, hacer editoriales sin firma. Eran tiempos de definición en *Excélsior*. Julio Scherer acababa de ser elegido director en agosto de 1968. Miguel Ángel quedó del lado perdedor. “Sin temerla ni quererla, porque el otro candidato era Víctor Velarde, que era mi jefe inmediato. Yo no participé en la campaña porque todavía no era miembro de la Cooperativa. A Scherer lo conocía relativamente, era el subdirector editorial y entraba de tanto en tanto a la mesa a traer los editoriales para que se llevaran al taller. Lo conocía como lector de tiempo atrás y lo admiraba especialmente por *La piel y la entraña* en el que entrevista a Siqueiros en la cárcel”.

Excélsior cambió inmediatamente. Víctor Velarde salió de la mesa, “se cayó para arriba”: lo hicieron director técnico, un cargo sin funciones. Había tres reporteros sobresalientes, muy amigos entre sí: Julio Scherer, Manuel Becerra Acosta hijo, y Alberto Ramírez de Aguilar, que era de notas policiacas. Ese trío, cuenta Miguel Ángel, fue llamado a ser cabeza de área, junto con Hero Rodríguez Toro, que era ayudante de Scherer.

La suerte de Granados Chapa fue incidental. Arturo Sánchez Aussenac dirigía un magazine a color de amenidades y mandó a Miguel Ángel de mensajero para entregar el inventario al nuevo equipo encabezado por Eduardo Deschamps. “El magazine era muy malo, don Arturo no tenía mucha imaginación periodística y se limitaba a presentar reportajes de pueblitos perdidos. Deschamps era un cuate loco, muy imaginativo. Cuando llegué, Scherer estaba en la oficina de Deschamps. Empecé a entregarles los materiales y ellos estallaban en carcajadas. ¿Cómo se le ocurre a Arturo comprar esto?, ¿o aquello?, se burlaban de todo. Me pareció desagradable y le dije a Scherer: Con todo respeto se me hace impropio que hagan comentarios sobre una persona ausente. Se me quedó viendo Scherer y me dijo: ‘Tiene usted razón’. A partir de ese momento tomaron nota sin emitir un solo comentario”.

Unos días después lo invitaron a escribir con su firma en *Últimas Noticias de Excélsior*. “Estoy seguro que si la idea fue de Hero o de Miguel López Azuara, fue Scherer quien aprobó esta iniciativa”. A partir del 12 de septiembre de 1968, el mismo día que nace su primogénito Luis

Fernando, se inició como articulista. Fue tres semanas antes de la Matanza de Tlaltelolco y en un entorno de franca represión gubernamental. Su texto planteaba la posición de un grupo de sacerdotes contra la represión y alguien le quitó una línea, “supongo que por censura, porque yo apoyaba el punto de vista de esos sacerdotes”.

Aquel 12 de septiembre, Fernando Solana le mandó una nota mecanografiada felicitándolo por su artículo en *Últimas Noticias* y con su puño y letra añadió: “Y también por el nacimiento de su hijo”. Ese fue el reencuentro con Solana tras la salida de INFORMAC.

Vivían con miedo y prudencia, sabían cómo era Díaz Ordaz. Ya había ocurrido la invasión a CU, balaceras en el Politécnico, el bazukazo a la Prepa de la UNAM. Muchos actos de violencia que corroboraban que no había límite para el gobierno. “Y luego, lo supimos después, Díaz Ordaz había llamado a Scherer para increparlo: ‘hasta cuando dejará usted de traicionar a México’. Scherer tomó una caja de cerillos que había en la mesa del despacho presidencial y le respondió: ‘Yo no traiciono a México simplemente que usted ve una cara de esta caja y yo veo otra. Es cuestión de lo que vemos cada uno’. Había sido elegido director apenas un mes antes de Tlaltelolco, y había una sensación de que no podríamos movernos con entera libertad”.

Cuenta Granados que cuando Abel Quezada dibujó su cartón del 3 de octubre de 1968 con un cuadro negro, y la leyenda: “¿Por qué?”, discutieron mucho si debían o no publicarlo. “Causó mucho enojo. El gobierno esperaba una adhesión completa, un aplauso porque nos habían puesto a salvo de la conspiración comunista, y nada que no fuera plena adhesión era soportable”. Añade también que Scherer dejó de publicar algún artículo muy crítico de Alejandro Gómez Arias y, enojado, dejó de escribir en *Excélsior*.

Granados Chapa comenzó a firmar en *Excélsior* con sus dos apellidos, como hoy se le conoce, por amor a su madre, pero también para diferenciarse de un político Miguel Ángel Granados que trabajaba en el PARM. “El año pasado que abrieron los archivos de Gobernación recuperé mis fichas. ¡Cómo perdían el tiempo y el dinero! Es un fólter enorme en el que revuelven la información del político con la mía. Desde mis tiempos universitarios, cuando yo participaba en el Partido Auténtico Universitario, un partido de izquierda cristiana, tenía a un policía siguiéndome. Yo ni sabía, supongo que era su modo de controlar. Pasé de ser para ellos un joven revoltoso que apoyaba grupos sindicales, a ser un periodista que reúne fondos para fundar un periódico. ¡Reportaban tontería y media! ¡Es un desperdicio de cosas mal escritas e informes a medias! Lo curioso es que no hay fichas sobre mis textos. Sólo sobre mis ires y venires desde los 60”.

Escribir con firma fue un hito en su carrera. En *Crucero*, por política editorial, ni Buendía firmaba, y sólo en dos ocasiones, quizá por halagar a Miguel Ángel le rubricó dos de sus artículos: uno sobre la necesidad de ofrecer educación a todos los mexicanos sin distinción y otro contra la venta de revistas pornográficas en Sanborns y Woolworth.

Muy pronto Miguel Ángel era ya ayudante de Miguel López Azuara, subdirector editorial, y se convirtieron en “los Migueles”, como aparecen en las páginas de *Los Periodistas* de Vicente Leñero. Granados, como coordinador de opinión, arrastraba el lápiz en los artículos de gigantes como Daniel Cosío Villegas, Jorge Ibarguengoitia, Rosario Castellanos, Alejandro Avilés, Carlos Monsiváis, y lo hacía con educación y con su lenguaje cultivado que incluye expresiones como “socaire”, “de suyo” y “arrostrar”.

Las anécdotas se suceden unas a otras. Por ejemplo, don Daniel Cosío era un hombre consentido del director, sólo él revisaba sus artículos. Desayunaban una vez por semana y ahí le entregaba su artículo a Julio, quien no modificaba ni una coma – asegura Miguel Ángel. “Una vez que estaba ausente Julio, yo leí el texto. Había un juicio sobre Octavio Senties, regente de la ciudad, un juicio grosero que desentonaba con el estilo general de don Daniel que jamás descalificaba personalmente a alguien. En aquel texto descendía a la minucia de decirle imbécil al regente. No aportaba nada. Don Daniel vivía en San Ángel. Fui a verlo, era demasiado personaje para una conducta burocrática. Le dije: quisiera suprimir esta palabra que no lesiona la estructura del texto, no significa censura. Tiene usted razón, respondió. No hubo ningún problema”.

Otro día en cambio, sucedió exactamente lo contrario con el sacerdote antifranquista vasco Ramón de Ertze Garamendi, que había llegado a México como hombre de izquierda, pero se fue asentando en la iglesia mexicana, hasta ser Canónigo Prebendado de la Catedral. “Su cargo nos daba mucha risa. Se volvió un hombre de poder y a medida que ascendió en la jerarquía eclesiástica se fue haciendo rabiosamente conservador. Escribía desde 1965 en *Excelsior* y, cuando las plumas más conservadoras se fueron del diario tras una lucha interna, don Ramón se convirtió en una especie de aval moral para el nuevo grupo. Gozaba de todas las consideraciones. Escribía diariamente de política internacional y asuntos espirituales. Era cada vez más difícil lidiar con él, hasta que un día escribió un párrafo contra Enrique Maza, jesuita, primo de Scherer, y quien también escribía en la página editorial. Cuando lo leí dije: no pasa. Era un insulto, no una crítica. Un insulto críptico, sibilino y grosero que hería cosas de la vida privada de Maza. Fui a la Iglesia de San Lorenzo, de donde era párroco, en Allende y Belisario Domínguez, y le dije: Vengo a avisarle que voy a quitar este párrafo. Se puso furiosísimo como Mejido años atrás. Me gritaba y ofendía,

pero yo no dejé de insistirle que esa parte del texto no era ni razonable ni útil a la sociedad. Le advertí: Yo cumplo con avisarle; mi función alcanzaría para quitarle el texto sin tener que notificarle, menos aún venir a su domicilio. En ese momento se ablandó, se achicó como niño regañado y aceptó”.

Granados convivía en el “Tampico”, un restaurante tradicional en Balderas, con Miguel López Azuara, Enrique Rubio y Jorge Iburgüengoitia, que en una encuesta resultó el más leído del periódico. “Un día me llamó por teléfono Iburgüengoitia para decirme que su madre estaba muy enferma: ‘se va a morir y no tengo dinero para enterrarla’. Oiga, yo deseo que no se muera, pero si pasara, el periódico se hace cargo de ese gasto. ‘No sabe qué peso me quita de encima’. Le importaba más el asunto económico, que la suerte de su mamá. Así quedamos. Una semana después me llamó. Estaba yo en una discusión política en el periódico. Le dije: Permítame, don Jorge. Tenía que responder algo y dejé el auricular. Cuando lo retomé, me dijo: ‘Ya lo oí haciendo grilla’. Dígame, respondí. ‘¿Se acuerda usted de lo que hablamos hace una semana?, pues ya ocurrió, ¿estamos en lo dicho?’ Ni siquiera pude darle el pésame, sólo quería escuchar el sí. Era un hombre simpático y dueño de sí, se pitorreaba de sus tías con las que vivía su madre, las hacía personajes de sus obras”.

Viene también a su mente Ricardo Garibay, un fingidor, un impostor. Pedía vino y rechazaba tres botellas por el gusto de hacerlo. “Decía que estaban agrias y resultaba muy simpático. Un día nos invitó a comer Sentíes a la oficina del gobierno y Garibay decidió estar en plan de adulator. Sentíes que no era muy lúcido, decía cosas comunes y Garibay pegaba en la mesa: ‘Señor regente, eso es lo último de la filosofía de Wittgenstein’. Pasaba otro rato, Sentíes decía otra tontería, era un hombre insulso, y Garibay le replicaba: ‘Debido a mi amistad con el presidente Echeverría he tenido la oportunidad de estar muchas veces con todos sus colaboradores, y debe usted saber que nunca, nunca, he oído de nadie una expresión como la que usted acaba de decir’. Era pura falsedad, se divertía haciendo ese tipo de cosas. Al salir le dije: Oiga se le pasó la mano. ‘No porque este año tendré asegurada una canasta navideña más grande que la suya’”.

Las pugnas con Echeverría

El *Excélsior* de Scherer fue para Granados un paraíso del que nunca hubiera querido ser arrancado. Ahí llegó para jubilarse. Él tiene su historia, no contada, que arroja elementos a la

ingenuidad maliciosa de don Julio, que, según Granados, contribuyó a generar la veta de la discordia interna que el presidente Echeverría aprovechó para asestar el golpe mortal.

De ser un periódico oficialista con reporteros amarchantados a sus fuentes, un periódico de complacientes boletines de prensa, *Excélsior* pasó a ser un diario de investigación, riqueza informativa y ánimo de innovación. “El último día del gobierno de Díaz Ordaz brindamos en la redacción porque terminaba ese gobierno y venía la era de la libertad. Ese era el discurso de Echeverría y nosotros entre ingenuos y mañosos le tomamos la palabra. Empezamos a ser más libres, mucho más que antes. Además Julio Scherer ya se había asentado como director, se habían apaciguado problemas internos que minaban su autoridad y adquirió el control completo de la Cooperativa de Excélsior. Se generó una dinámica: más libertad hacía posible más libertad, y era imposible dar marcha atrás”.

Julio Scherer le apodaba a Granados Chapa “El Licenciado”. Casi nadie que trabajara entonces en una redacción procedía de las universidades, casi todos se formaban en la práctica, en las redacciones y en las cantinas. “Yo era muy diferente. Tenía más información, conocimientos de historia, ciencias sociales”.

Eran los tiempos de *Excélsior* en los que bastaba tronar los dedos para que los deseos fueran órdenes: libros de París, servicios internacionales, corresponsales en África o el Medio Oriente, entrevistas con el líder que se apeteciera en el mundo, textos publicados en *Le Monde*, el *Corriere della Sera* o en el *New York Times*. Y en las páginas editoriales, se reunió el mejor equipo que haya habido en la historia de la prensa en México, que escribía con toda libertad. No había límites.

Sin embargo, era demasiado bueno para ser cierto. “El 2 de septiembre de 1971, al día siguiente del primer informe de Echeverría, las dos páginas editoriales venían cargadas de crítica. Julio no estaba, había ido a China. Yo organice eso, íntegras se referían al Informe y ninguna era benevolente. Cuando Julio regresó me reprochó: ‘se nos pasó la mano’. Pero ya no era posible volver a la prudencia. Desde mi perspectiva estábamos en el punto justo. Sin embargo, ahí empezó a gestarse la incomodidad de Echeverría y luego el enojo contra nosotros”.

En 1972, la representación empresarial fue a ver al Presidente muy quejosa porque decían que iba a haber socialismo en México. Le hicieron un rosario de quejas e incluyeron la conducta de *Excélsior*. Echeverría les respondió: “Ustedes lo sostienen con sus anuncios”. Inmediatamente después orquestaron un boicot. Los almacenes les quitaron toda la publicidad: Liverpool, Sears..., y se quedaron sin dinero.

“Entonces apareció el Dios Echeverría: ‘¿qué se te ofrece Julio?’ ‘Anuncios, señor Presidente’. ‘Habla con Horacio’ (Flores de la Peña, que manejaba las empresas públicas). Como el retiro había sido tan súbito teníamos problemas de liquidez y, al estilo de las películas, llegó Carlos Argüelles, director de la Lotería Nacional, con un portafolio lleno de billetes. Se lo entregó a Scherer como anticipo de la publicidad que saldría. Y nos salvó...”

Scherer ingenuamente creía que ello no tendría costo. “Decía: ‘Echeverría no me puso condiciones’; pero era obvio. Echeverría mismo, después de que nos echó del periódico llegó a decir: ‘Se sobre entendía, yo no ayudo a un enemigo’. Quería que nos alineáramos. Yo nunca creí en la ingenuidad. Le insistía a don Julio que Echeverría era un fingidor, un mentiroso profesional. Él se defendía: ‘Yo nunca ofrecí nada a cambio’. Se lo decíamos varios: Miguel López Azuara, Hero Rodríguez Toro y yo”.

Luego los empresarios se dieron cuenta que Echeverría les había tomado el pelo. “El presidente jugó chueco por todos lados, se dieron cuenta y retornaron. Dejamos de necesitar los anuncios del gobierno. Años después, cuando habíamos salido de *Excelsior*, Sánchez Navarro nos invitó a una comida en la Cervecería Modelo y nos contó la historia. Echeverría los había inducido al boicot y cuando se dieron cuenta que habían sido utilizados, regresaron. Lo supimos de primera mano”.

Durante el sexenio de Echeverría, *Excelsior* le perdió el miedo al autoritarismo oficial. “Teníamos una actitud dual, creíamos en el discurso democrático de Echeverría. No ignorábamos su talante y su pasado, pero nos convino creer que como presidente iba a ser distinto que como secretario de Gobernación de un presidente autoritario. Él lo decía así e ingenuamente creímos, nos mareó su simulación democrática, pero también mañosamente lo creímos para hacer nuestro trabajo. Por eso se generó el antagonismo sordo entre nosotros y Echeverría, que al final estalló cuando nos echó”.

Ya en 1975, señala Granados, era claro que estaban en riesgo porque Echeverría tenía pretensiones de prolongar su gobierno de cualquiera de dos maneras: promoviendo una reforma para la reelección o poniendo un presidente débil al que mandar. Primero, intentó la reelección. “Reyes Heróles, presidente del PRI, no lo quería. Para mi tesis doctoral sobre Reyes Heróles entrevisté en su momento a Luis Echeverría y le pregunté por qué no se querían. Respondió: ‘Es que Jesús creía que yo era pendejo’. Y así era. Reyes Heróles desdeñaba a Echeverría, pero no pensé que tenía tan cabal consciencia de esa opinión. Reyes Heróles tuvo que salir al paso de la pretensión de Echeverría de modificar la Constitución para poder reelegirse. Hizo un discurso en

Querétaro, en el aniversario de la Constitución, el 5 de febrero de 1975. Lo recuerdo casi textual: ‘Ofenden al revolucionario Luis Echeverría los olvidadizos que pretenden establecer la reelección. Hemos aprendido a legislar no para un hombre. Cuando lo hemos hecho, el resultado fue funesto: el asesinato de Obregón’”.

Excélsior le dio mucho vuelo a eso y Echeverría enfureció contra Reyes Heróles. Antes, habían tenido una diferencia muy pública en la que también el periódico fue instrumento de oposición al presidente. Echeverría había resuelto que el gobernador de Veracruz en el año 1973 o 1974 fuera un señor Carbonell que tenía muy mala fama. A Reyes Heróles le parecía terrible para Veracruz y para el PRI. Echeverría se anticipó y mandó que destaparan a su candidato en Veracruz, antes del tiempo normalmente establecido. Reyes Heróles se inconformó y organizó una maniobra. Le pidió a Julio Scherer ser entrevistado y que le diera vuelo a la entrevista. Le dijo Reyes Heróles a Angel Trinidad Ferreira, el reportero de política: “Yo como veracruzano no he votado por Carbonell”, en abierta oposición al designio presidencial y esa fue la cabeza principal de *Excélsior*.

“No sólo fue la cabeza de ocho columnas, sino también hubo artículos y opiniones, y Echeverría se vio obligado a cambiar de rumbo designando a otro candidato. Ganó el round Reyes Heróles, pero después se lo haría pagar Echeverría al despedirlo de mal modo del PRI”.

La tendencia autoritaria de Echeverría fue creciendo. “A partir de 1974 se comportó en la presidencia como había sido secretario de Gobernación de Díaz Ordaz. Cuando destapó a López Portillo como candidato del PRI, vimos que su intención era tener un pelele, un presidente débil, y también lo señalamos. Eso le molestó mucho a Echeverría. Yo lo advertí en mi editorial, asimismo don Daniel Cosío y Gastón García Cantú. Practicamos nuestra libertad, pagaríamos la cuenta”.

La irritación de Echeverría era creciente. Julio recibía llamadas continuas de Echeverría y de Fausto Zapata, pero, asegura Granados, era muy hábil para evitar enfrentamientos. Ejemplifica. En 1974 Scherer se fue a Chile clandestinamente, México ya había roto relaciones con Pinochet, y entró sin papeles a entrevistarse con los líderes de la oposición que estaban escondidos. Le avisó a Echeverría que iría, era una misión peligrosa y si lo descubrían podía convertirse en una situación diplomática delicada.

“Sin que yo entendiera claramente por qué, me pidió que lo acompañara con Echeverría. Le dijo: ‘En mi ausencia lo que tenga que decirme, dígaselo a este señor’. No a Becerra Acosta que era el subdirector formal, a él no lo invitó. Yo creí en aquel momento que era su señal ante Echeverría de cuál era mi posición en el periódico: el hombre de confianza de Scherer, pero en

realidad fue por pura maña. Era el típico comportamiento de Julio, hasta que se cegó. Fausto Zapata, que era el subsecretario de información de la Presidencia, me llamaba creyendo que era yo el director. Él y yo nunca nos llevamos bien, pero tenía instrucciones de hablar conmigo. Me decía a qué quería el presidente darle vuelo y a qué no. Yo le decía: tomo nota, y nada más tomaba nota porque yo no hacía el periódico, lo hacía Becerra Acosta y yo no era recadero de nadie. De modo que no ocurría nada de lo que sugería Zapata, porque se quedaba en mi fuero interno. Así se defendía Julio, bien sabía que yo no iba a ser mandadero de nadie. Esa era su astucia”.

La fractura interna

Seis meses antes del golpe a *Excélsior*, con precisión el 31 de diciembre de 1975, Granados Chapa buscó a Julio Scherer al terminar la Asamblea de la Cooperativa de Excélsior y al ver el resultado, muy dolido, le dijo con palabras que recuerda fidelísimamente: “Acaba usted de cometer un gran error apoyando a Regino (Díaz Redondo). Más temprano que tarde se va usted a dar cuenta quiénes son sus amigos. Usted está propiciando con esto la derrota del periódico, lo van a echar, más pronto que tarde lo van a echar. Cuando eso ocurra, yo me iré con usted, pero al llegar a la puerta le preguntaré para dónde va. Si me dice que va para Donato Guerra yo me iré para Bucareli, si me dice que para Bucareli, yo voy a irme para Donato Guerra, porque estaré con usted todo el tiempo hasta que salgamos de aquí”.

Parecen palabras lapidarias. Hacían alusión al golpe y a la ruptura. En la puerta de *Excélsior* uno podía irse para esos dos lados: Donato Guerra y Bucareli, y Granados dejó clara su sentencia: “Ni me voy a quedar, ni voy a seguir con usted”, como finalmente sucedió tras su posterior salida de *Proceso*, que Vicente Leñero le recriminó en *Los Periodistas*. Una dureza de la que Leñero se exculpó ahora, casi 40 años después en el homenaje a Granados Chapa en la UNAM, donde dijo públicamente: “Fui injusto. No supe entender su búsqueda. No respete su decisión. No logré valorar lo que había sido como líder de muchos en *Excélsior* y en *Proceso*”.

¿Qué pasó por la mente de Granados Chapa? Nunca lo reveló, sólo ahora. “Julio había jugado con fuego alimentando la idea de que yo, el Licenciado como me apodaba, y Regino Díaz Redondo podíamos ser sus sucesores, y propició la rivalidad. Le he dicho que tiene una fascinación por el mal, los malos le gustan. Fue educado como católico ferviente, y aprendió a distinguir el bien y el mal, a evitar el mal, pero es un infractor. No practica el mal porque es un hombre bueno, pero lo hipnotiza. Regino era el mal, desde todo punto de vista. Cuando hablábamos en privado y

me decía: 'sólo Regino o usted', yo le respondía: me ofende su comparación. Es como si el presidente Echeverría le dice que los periódicos que más le gustan son *Heraldo* y *Excélsior* porque respeta a sus directores. Usted no es igual que Gabriel Alarcón. Yo no soy igual que Regino. Vea usted quienes son los amigos de Regino y quiénes son los míos, y médanos por eso. Los amigos de Regino dentro de la Cooperativa eran la bazofia, los míos eran lo mejorcito. Yo valía en *Excélsior* por mis amigos, lo mejor del periódico estaba contra Regino. Julio se reía. Eso era una prueba clara de quién era quién. Y sin embargo le hacía favor tras favor para agrandararlo".

El último día de diciembre de 1975, la Cooperativa celebraba su asamblea anual y ahí se elegía a los dirigentes. Veinte cargos a escoger cada año. "En los últimos dos años nos enfrentamos las dos corrientes, Julio se mantenía al margen. Mi grupo ganaba terreno. Regino debe haberle pedido apoyo a Julio y, para empujarlo, éste último entró a la Asamblea del brazo de Regino. La Cooperativa era muy priista, sabía leer las señales, al entrar del brazo del director entendieron que el favorito en ese momento era Regino y él gano la elección. Desde ese momento supe que el control de la Cooperativa quedaba en manos de Regino y que el tiempo lo teníamos contado. Echeverría sabía quién podía ayudarle a echar a Julio, y lo aprovechó. El propio Julio se puso la soga al cuello: le ofreció a Echeverría en charola al cómplice interno que requería".

Esa noche del 31 de diciembre de 1975 en que Granados confrontó a Scherer, Julio le respondió que estaba equivocado: "Usted elige malos candidatos, Licenciado", le dijo en alusión a Samuel del Villar. "Regino me es fiel a muerte". Para probarlo, le contó a Granados una anécdota. Dijo que una noche Regino estaba con su hijo en el Cine Paseo, ya derruido, casi enfrente de *Excélsior*, y que al ver la luz de su despacho prendida, como a las 11 de la noche, le dijo a su pequeño: "Ésa es la luz del despacho de Julio Scherer, deseo que cuando tú vengas al cine con tu hijo, puedas mostrarle la luz del despacho de Julio Scherer". "¿Usted cree que me podría decir eso si no lo sintiera?', me preguntó Julio. Por supuesto que se lo puede decir: es un adulador, le respondí. De ese tamaño era su ceguera frente a Regino. El hecho mismo de contárselo era de mal gusto, un engaño que él no percibía".

Por eso Granados Chapa asegura que Scherer "se cegó": "No se daba cuenta, flotaba en el aire". Estaba muy consciente de la importancia que iba cobrando el periódico, y como decía Samuel del Villar, 'robaleaba', nadaba aprovechando la corriente, pero en 1973 dejó de tener contacto con la Cooperativa, que antes controló. "Como el periódico se iba volviendo más incluyente, más presente en América Latina, la Cooperativa le quedó chica y se desentendió. Dejó de escuchar al grupo y dejó que las fuerzas se expresaran por sí mismas. Se olvidó de que su

posibilidad de hacer el gran periódico que iba haciendo, nacía del poder que debía mantener en la Cooperativa. Le entregó esa confianza a Regino Díaz Redondo creyendo ingenuamente en él”.

La ceguera de Julio con Regino era tal, señala Granados, que una hija de Julio se llama Regina, por Regino. “Regino fue un protegido de Julio, desde siempre. Era muy mal reportero, era un hombre tonto, corrupto, drogadicto desde entonces y en consecuencia muy distraído porque tenía que estar buscando dinero para la droga. Y Julio le perdonaba todo. Miguel López Azuara y yo bromeábamos: ‘yo creo que se dan besos’. Lo beneficiaba de muchísimos modos, con exageración. Estoy seguro que no tenían ninguna relación amorosa, pero parecía. No había explicación”.

En 1976, en las vísperas del golpe a *Excélsior*, Granados Chapa fue a Vietnam al primer aniversario de la victoria sobre Estados Unidos, la reunificación. Iba como invitado, pero actuó como reportero. Habían invitado a Julio, aceptó, y en las vísperas decidió que el Licenciado iría en su representación. “Los vietnamitas estaban furiosos, era yo un achichinque, querían tener en su gran celebración al director de *Excélsior*. Aproveché para hacer reportajes. Como yo estaba en Vietnam, Julio mandó a Regino a Colombia. Siempre nos ponía a rivalizar. Mis textos eran reportajes y crónicas que aparecían en la página editorial, como si fueran artículos de opinión; y los de Regino, en primera plana, como principal”.

Gabriel García Márquez, tiempo después, le contó a Granados que Scherer le encargó que pusiera a Regino en contacto con las personas a quienes debía entrevistar en Colombia, y así lo hizo. “Y luego, unos meses después, este bandolero traicionó a Julio —se quejaba el Nobel—. No sabes cómo me lo recomendó, cómo lo cuidaba, cómo me pidió que me encargara de conducirlo”.

Julio no entendió la traición de Regino hasta la una de la mañana del 8 de julio de 1976. “Organizamos una página de protesta contra el gobierno por la invasión de Paseos de Taxqueña, y la publicaríamos en la última página del diario como un desplegado firmado por todos los miembros de la sección editorial. Regino Díaz Redondo fue al taller y retiró la plancha, dejando la edición con la página en blanco. Julio estaba en su casa. Alguien le llamó para avisarle y él ingenuamente telefoneó a Regino de madrugada para pedirle que no hiciera eso: ‘Hermano, hermano, ¿qué estás haciendo?’ Sólo entonces, a la una de la mañana, se dio cuenta que ‘su hermano’ era un traidor. A las seis de la tarde del día siguiente, estábamos en la calle”.

Granados Chapa y Julio Scherer salieron juntos de *Excélsior*. Se fueron juntísimos, hacia Donato Guerra, porque ahí estaban estacionados sus coches. Quedó para la historia una fotografía

emblemática en la que Granados Chapa, de 35 años, levanta el puño en el umbral de Reforma # 18, sede de *Excélsior*, en defensa de la libertad de expresión.

Se fueron sin nada, se fueron enteros. “No teníamos a dónde ir. Mi hija más chiquita tenía tres años. La madre de mis hijos con quien mantengo una relación amistosa muy grata, el día que nos echaron, que ni siquiera cobramos el salario semanal porque nos echaron un jueves, me dijo: ‘No te preocupes, tenemos ahorros’. Yo ni sabía. Duraron como tres meses”.

Granados hubiera podido quedarse, gente cercana a Regino trató de cooptarlo, sin embargo pesaron los principios. “En la Asamblea que nos expulsó, había volantes de un sector de los opositores a Julio, un sector de reginistas, que me pedían que yo me quedara. Decían que conmigo no era el pleito. Sin embargo, para mí era impensable permanecer con ellos. Siempre he pensado qué hubiera dicho mi madre aquel 9 de julio en la mañana, cuando me llamó para condolerse por mi salida, si le hubiera dicho: ‘Yo me quedé’”.

En agosto de 1976, por intermediación de Fernando Benítez, se encontraron con Echeverría en los Pinos. Fueron: Julio Scherer, Gastón García Cantú, Vicente Leñero, Samuel del Villar y Granados Chapa. “Fuimos a la casa de nuestro enemigo, de quien nos echó. En la antesala en Los Pinos, sin preámbulos Echeverría dijo: ‘Julio no vayas a Washington’. Nos quedamos desconcertados, nadie sabía de qué hablaba. Manteníamos un corresponsal en Washington, Armando Vargas, un costarricense. En EUA en los círculos del poder fue muy impactante el golpe a *Excélsior* y el senador Edward Kennedy organizó una reunión para que Scherer fuera a explicar lo que había pasado. Armando Vargas se lo telefoneó a Julio esa mañana. Nosotros no sabíamos. Echeverría tenía su servicio de escucha telefónica y con toda desvergüenza utilizó aquel diálogo cuyo contenido sólo conocían formalmente Vargas y Julio, como tema de conversación. Julio no se dio cuenta y comenzó a justificarse. Ese fue el asunto principal del encuentro”.

Julio quedó especialmente dañado por el golpe, quedó devastado. Nunca había trabajado en ninguna parte que no fuera *Excélsior*. Lo desarraigaron de raíz. No había sido un director burocrático, sino un transformador al que despojaron de su obra. “Necesitábamos rehacernos, no podíamos quedarnos tirados en la lona, derrotados. Mi obligación era seguir con él”. Granados Chapa siguió a Julio, pero no por mucho tiempo.

Con las horas contadas en *Proceso*

Granados Chapa fue un capitán de la batalla. El 8 de julio de 1976 los echaron y once días después, el 19, ya estaban organizando bajo el liderazgo de Granados Chapa un mitin en el Hotel

María Isabel Sheraton. “Reaccionamos muy rápido, de no haber sido así, el efecto de trancazo hubiera sido peor, nos hubieran silenciado para siempre. La respuesta de la gente nos permitió darnos cuenta que no estábamos solos, que no estábamos equivocados. Julio, sin embargo, no estaba en condiciones anímicas de encabezar el esfuerzo necesario en ese momento. Estaba devastado, víctima de la traición de su amigo. Alguien debía hacer algo para no quedarnos callados y me correspondió a mí hacerlo. Por eso me quedé”.

En aquella reunión abierta del 19 de julio reunieron dos millones de pesos de acciones, propiedad de 2 mil 500 personas, y luego una semana después llegó Jorge Alvarez del Castillo de *El Informador* de Guadalajara con un cheque de un millón de pesos, por solidaridad, aunque no necesariamente compartía la línea del grupo. El mitin fue abierto: “no establecimos aduana porque queríamos esparcir la información. Debe de haber habido muchos policías”.

Tres semanas antes de que Echeverría dejara la presidencia, nació *Proceso* el 6 de noviembre de 1976. El papel lo consiguieron subrepticamente con un gesto personal de Alberto Peniche de *El Herald*, y Fernando Canales del *Novedades*, amigos de Hero Rodríguez del Toro.

En aquellos meses había un clima político espeso, había una sensación de intranquilidad social muy acentuada, mucha gente se estaba yendo de México, varios empresarios textiles habían sido extorsionados por los servicios secretos del gobierno de la ciudad. Se rumoraba que habría un cuartelazo.

Confiesa Granados que Echeverría los amenazó de muerte a través de Francisco Javier Alejo, nuevo secretario del Patrimonio Nacional. “Alejo era un joven economista, muy echado para adelante, presuntuoso. Nos invitó en octubre de 1976 a desayunar a Scherer y a mí a su casa, en la colonia Florida para prevenirnos del trato que le fuéramos a dar en *Proceso* al presidente Echeverría. ‘Les quiero advertir que el prestigio del jefe del Estado se vuelve un asunto de Seguridad Nacional y si ustedes lastiman el prestigio del jefe del Estado, es legítimo hacer todo’. Lo increpé: Oye, Javier, ¿qué quieres decir, nos van a matar? ‘Por la Seguridad Nacional que se mueran una o dos personas no es un obstáculo’. Te das cuenta que si nos matas a uno o dos, habrá tres o cuatro, hasta catorce personas que nos sustituyan. ‘Todo eso se allanaría por la Seguridad Nacional’. Julio no hablaba, no creía lo que estaba pasando. Seguí: Ustedes deben ser los más cuidadosos de la integridad de Julio, si salimos de aquí y lo atropella un coche por accidente, nadie lo va a creer aunque así fuera. Todo el mundo les va a imputar ese accidente a ustedes, tendrán que pagar un alto costo político y será inútil porque siempre habrá alguien que reemplace al que ustedes maten. ‘Simplemente quiero advertirles que están en ese riesgo’, replicó

Alejo. Así de clara y directa fue su advertencia: nos amenazó de muerte. Salimos furiosos, envalentonados. Julio finalmente habló: ‘¡Que chinguen a su madre!’”.

La amenaza, sin embargo, los ablandó. La portada del primer número de *Proceso* era el rostro de Echeverría con una denuncia: “El golpista”. “Nos temblaron las corbas y pusimos sólo letreros, quitamos la foto”, dice. Granados escribió la editorial: “Este semanario nace de la contradicción entre el afán de someter a los escritores públicos y la decisión de éstos de ejercer su libertad, su dignidad”.

Este primer número tuvo un franco éxito: cien mil ejemplares que se vendieron como pan caliente. “La revista era bastante fea aunque tuviera su importancia. Yo lo justificaba: los niños recién salidos del vientre materno son feos. No sabíamos hacerlos. Lo importante era salir y coincidió la salida del 6 de noviembre de 1976 con la Reseña Internacional de Cine en el Cine Roble. Como había más demanda de boletos que los disponibles, surgió un mercado negro: cambiaban un ejemplar de *Proceso* por una entrada. Las dos cosas escaseaban”.

Después de ese primer ejemplar se ensoberbecieron. El señor Guillermo Mendizábal quien se atrevió a imprimir *Proceso* en su viejo taller donde también editaba la revista *Los Supermachos* de Rius, persuadió a Miguel Ángel, que era el gerente y resolvía los asuntos administrativos, de que siguiera imprimiendo 100 mil ejemplares. “Mendizábal me dijo: ‘Esto es un tiro’, y me convenció de imprimir cien mil del 2 y del 3. Sólo en el 4 bajamos a 50 mil y esa desmesura estuvo a punto de quebrarnos”.

Como no tenían aparato administrativo, improvisaron un servicio de venta de suscripciones y los ejemplares los repartían los mismos colaboradores. “Los sábados yo iba con mis hijos en mi Volkswagen repartiendo ejemplares de casa en casa”. La devolución de los estados comenzó a llegar y, quizá con censura gubernamental, regresaban paquetes sin abrir. “Todo lo habíamos invertido en la impresión de los primeros números y nos quedamos sin capital. No teníamos liquidez, dinero ni anuncios. Tuvimos que alquilar una bodega para meter las devoluciones, para que no se desalentaran los reporteros que habían creído que todo se vendía. A los dos meses estábamos a punto de quebrar, decidimos hacer más chica la revista, encarecer su costo para salir. Yo tomaba las decisiones administrativas; las editoriales, Julio y yo”.

Para Granados Chapa no existe la objetividad. A *Proceso* llegaron muy lastimados y “la bestia negra” fue Echeverría. Lo acepta: “Golpear a Echeverría y prevenir a López Portillo del maximato que el expresidente intentaba ejercer fue nuestra razón de ser”. Echeverría, además, ya era dueño de los periódicos de la Organización Editorial Mexicana, los *Sol de México*. “Una más de

las razones por las que nos golpeó fue para quedarse dueño del mercado periodístico. Era dueño de los Soles con Mario Vázquez Raña. Era cínico, además del interés político tuvo un interés económico”.

Entre Scherer y Granados Chapa no tardaron en aflorar las rasposas diferencias. Los primeros diez números, tuvieron un editorial sin firma que Granados escribía. “A veces los veía Julio, a veces no. Julio seguía muy maltrecho. No era un director ausente, pero no estaba plenamente asentado como director. El semanario le quedaba chico, era un semanario pobre y Julio había quedado reducido a una condición muy menor respecto de aquel pasado. Durante diez números no hubo problema, hasta que me llamó porque no le gustó una editorial sin firma. No sé si fue el tema, o el enfoque...”

Julio sugirió que Granados le enseñara los editoriales antes de la impresión. “Yo no quise, no lo hacía ni en *Excélsior*”. Recuerda dos equívocos en *Excélsior*, que no incitaron a Julio a revisarle el trabajo a Miguel Ángel. Uno: “Un día nos encontramos en el pasillo. Me dijo: ‘ya vio usted lo de Bracamontes’, era el secretario de Obras Públicas. Le dije: Sí. ‘¿Editorialazo, no?’. Editorialazo, respondí. Fue su manera de darme instrucciones. La información de Bracamontes generó una reacción diferente en él que en mí. Yo escribí en contra de Bracamontes, y a él le había gustado lo que aquel personaje había hecho o dicho. Al día siguiente, su respuesta sólo fue: ‘¿Oiga Licenciado, cómo se le ocurre?’. Él me había dicho: ‘editorialazo’, nunca dijo si a favor o en contra”.

Otro día fue peor. En ejercicio de sus artes de seductor, el profesor Carlos Hank González, “una víbora de cascabel”, invitó a Julio a festejar su cumpleaños por sorpresa. Se puso de acuerdo con doña Susana, la esposa de Julio, y organizaron una fiesta en Santiago Tlanquistenco, en la casa del Profesor. “Invitó a los mejores amigos de Julio, con sus vinos favoritos, sus platos favoritos, su música favorita, y hasta mandó bordar las sábanas con las iniciales de Julio. En la tarde no vino al periódico y, si hubiera venido, hubiera sido como siempre, no se hubiera enterado del contenido de la página editorial. Justamente ese día, algo había hecho Hank como gobernador del Estado de México y yo escribí una editorial contra él”.

A la mañana siguiente, la fiesta continuó en el desayuno, leyeron *Excélsior* con el director del periódico presente. La sorpresa fue encontrarse con la editorial que señalaba lo dispendioso que era Hank. “Había quien desconfiaba de Scherer creyendo que era dual, yo estoy seguro que a partir de ese momento Hank creyó que era un tal por cual Julio. Si le hubiéramos explicado lo que pasaba no lo hubiera creído, ¿cómo iba a ser posible que el director no supiera lo que se iba a

publicar en su diario? Julio sabía que yo no tenía idea de la fiesta. A la mañana siguiente me explicó entre apenado y dolido que pasó un mal rato terrible. No hubo reproche, sabía que no fue una trastada mía”.

Por eso, Miguel Ángel no entendía por qué ahora, en *Proceso*, Julio le exigía revisar su trabajo. Llegaron al acuerdo que Granados Chapa firmaría esa columna y tendría nombre: “Interés Público”. “Lo propio era que fuera la editorial de la revista, pero como no quise someterla al escrutinio de Julio, decidí convertirla en un texto mío”.

Meses después, a los diez meses de *Proceso*, Granados Chapa renunció. Se dice que fue porque le pesó la sombra de Julio, la realidad es otra. “Cronológicamente, profesionalmente, humanamente hay una dimensión de Julio con la yo nunca me he sentido en situación de contender. Como periodista y figura pública es incomparable a mí. Nunca tuve pretensión de igualdad como tenía Manuel Becerra Acosta, que por eso se enemistaron. A mí lo que no me gustó fue su forma de actuar en lo político y por eso renuncié”.

La historia de su salida, que explica “la forma de Scherer de actuar en lo político”, casi no se conoce. El 1 de diciembre de 1977, Lopez Portillo, para mostrar independencia de Echeverría, nombró como secretario de Gobernación a Jesús Reyes Heróles, gran amigo de Scherer, de Granados Chapa que había sido su alumno en la Facultad de Derecho, y de Miguel López Azuara que es tuxpeño, como él. Al grupo de *Proceso* “le ganaba el gusto”.

Comenzaron las reuniones con Reyes Heróles porque tenía instrucciones del presidente de “resolver” el asunto de *Excélsior*. “Pensamos: fundemos un periódico nuevo, que el gobierno nos ayude con un crédito blando de Nacional Financiera”. Samuel del Villar y Granados se pusieron a calcular lo necesario para un periódico del tamaño de *Excélsior*. “Hicimos un proyecto desmesurado, cuando se lo presentamos a Reyes Heróles literalmente casi se cae de la silla. Don Chucho era muy codo en la vida personal, y muy celoso manejador del dinero público. Consideró que el proyecto era torpe y abusivo. No había mala fe, pero era excesivo. Dijo: ‘Esto es imposible’”.

Lo que no sabían es que paralelamente, Manuel Becerra Acosta estaba haciendo lo mismo y había presentado un proyecto diez veces menor que el suyo. Mucho más realista, no implicaba ni la construcción de un edificio ni la compra de un taller. *Unomásuno* se maquilló durante mucho tiempo. Le prestaron dinero y así nació.

Reyes Heróles, que tenía un compromiso político, insistió en otra alternativa. “Ni siquiera pidió: ‘rebájenle’, ‘ajústenlo’. Dijo con claridad: ‘Esto no va, es imposible’. Nosotros estábamos con

la idea de sustituir a *Excélsior*, tener de la noche a la mañana un periódico de ese tamaño, con sus 40 años desde su fundación. Ingenuamente nos convencíamos que era posible”.

Reyes Heróles, en mayo de 1977, en una reunión en su despacho, les ofreció devolverles *Excélsior*. Estaban presentes: Julio Scherer, Samuel del Villar, Miguel López Azuara, Vicente Leñero y Granados Chapa. “Yo me opuse”, puntualiza Granados. “Me parecía absurdo admitir que por un acto arbitrario del gobierno nos echen y por otro acto arbitrario del gobierno nos lo devuelvan. Estaríamos dependientes de la voluntad gubernamental, a pesar de que fuera lo nuestro. Se crearon dos corrientes: una encabezada por Julio ansioso de volver y otra en la que yo figuraba en que nos negamos a volver”.

Se llevó a cabo una asamblea de la gente de *Proceso*. Se votó y quedaron empatados: 17 querían volver y 17 no. Aplazaron una segunda votación para otro día. “Julio hizo proselitismo, yo ni siquiera quise ver quién votaba. Cerré los ojos, voltee la cara. Julio en cambio estuvo atento y empezó a llamar a los que votaban por ‘no volver’ y los convenció. Es persuasivísimo. A la siguiente semana que ganó, me di cuenta que yo ya no tenía necesidad de quedarme. Como en el cuento de Arreola ‘Una reputación’, me di cuenta que perdí mi reputación, ya me podía ir, ya nadie estaba en mis manos confiándose a lo que yo hiciera”.

¿Y por qué jamás les regresaron el periódico? “Porque íbamos de torpeza en torpeza. Teníamos mucha amistad con Alan Riding que era el corresponsal del *New York Times*, y su mujer Marlise Simons que era la corresponsal del *Washington Post*. Julio le contó a Alan en presencia nuestra que estábamos por volver, que teníamos el ofrecimiento de Reyes Heróles y que se iba a poner en práctica”.

A Alan nadie le advirtió que eso fuera reservado e hizo una nota. *Excélsior* tenía el servicio del *New York Times*, le llegó a Regino, y la publicó en primera plana, haciendo que se abortara la maniobra. Se reveló que el gobierno “estaba conspirando” contra ese periódico. “Regino fue un zorro. Reyes Heróles le dijo a Scherer frente a mí: ‘Son ustedes unos pendejos’. Y ciertamente así fue”.

La noche de la votación en mayo de 1977, Granados le comunicó a Julio que se iba, y una semana después se marchó, aún le dio tiempo de estar presente en la conversación con Alan Riding y en la respuesta de Reyes Heróles.

“Recordé lo que le había dicho a Scherer el 31 de diciembre de 1975: si usted se va para un lado, yo me iré para el otro. Scherer había actuado tan erróneamente frente a Regino, que yo no quería saber de él. Estuve mientras fue necesario estar, mientras hubo una lucha que emprender.

Admiré y admiro su condición de gran periodista, pero detesté y padecí su torpeza política, su desidia con la Cooperativa y luego su insensibilidad aceptando que el gobierno nos regresara el periódico. Como dicen, no hay héroes para los ayudas de cámara porque nadie puede ser héroe 24 horas al día. Además, con despecho personal, sentí que me arruinó mi vida. Yo me veía jubilado de *Excélsior* y por causas ajenas a mi voluntad mi proyecto de vida tronaba. En vez de estar jubilado, estaba yo en la calle”.

El grupo de *Proceso* vio con resentimiento su salida, no entendió, y tuvo que pasar muchos años para que Granados Chapa y Julio Scherer, que apenas recientemente se hablan de tú, pusieran las cuentas en paz. “La cabra tira al monte, teníamos ganas de vernos, sobre todo cuando ya pasó el juicio acervo de Leñero contra mí, que Julio compartía”.

¿Scherer te llegó a hacer alguna confesión al estilo de la disculpa pública que recientemente te hizo Leñero? “No lo puedo decir porque es parte de la intimidad... Pero sí. Me pidió perdón, ‘Usted tenía razón siempre’. Fue hace como diez años, nos vimos para hablar y lo hizo con una gran nobleza. Hubo un sinceramiento donde yo le expuse mis despechos y él sus culpas. Ahora en grupo siempre dice: ‘No saben cuánto quiero a este hombre, cuánto le debo’”.

Quemar las naves, una y otra vez

Al renunciar a *Proceso*, Granados Chapa no tenía plan B. “Fue el peor mes de mi vida. Me lancé sin red y me quedé sin nada. Era profesor en la universidad, pero no era suficiente para mantener a la familia. No tenía destino, me había hecho demasiado conspicuo al lado de Scherer, estaba infectado por él sin ninguna ventaja. No le interesaba a ningún periódico. Tenía su marca, no sus amistades. Jamás me invitó a su casa, por ejemplo. Sólo la conocí cuando andábamos trashumantes, preparando *Proceso*”.

Un mes después se abrió el horizonte. Don Paco Martínez de la Vega, a quien considera como padre, “sin que él lo supiera ni yo cometiera el mal gusto de decírselo”, lo invitó a escribir en *Siempre!*; un ex compañero de la Facultad lo invitó a ser jefe de noticias de Canal 11; y Luis Javier Solana, hermano de Fernando, a quien había conocido en los tiempos de INFORMAC, le propuso escribir la columna diaria en un periódico suyo, *Cine Mundial*. “Era un periódico muy feo”, pero ahí el 13 de julio de 1977 inició su Plaza Pública, “lugar de encuentro como el Zócalo”, que lleva 31 años de publicación ininterrumpidos. Las tres ofertas se complementaron.

Para su columna tenía el antecedente de la CIP que había hecho con Fernando Solana, el trato frecuente con Manuel Buendía que escribía una columna diaria, y su notable interés por la

política. “Implicó salir del desierto, llegar a un oasis. No importaba que fuera en ese periódico de pocos lectores, un periódico de la farándula especializado en espectáculos y que resultaba insólito que tuviera una columna política. Yo estaba muy entusiasmado”.

En diciembre de 1977, Fernando Solana, secretario de Educación, lo invitó a ser director de Radio Educación que fue premiada, durante la dirección de Granados, como la mejor emisora cultural del país. “Estaba yo en una condición muy cómoda, contaba con el apoyo de Solana y de Reyes Heróles. Me tocó la época de la prosperidad, tiempo de gloria y crecimiento en Radio Educación. Sin embargo tuve que renunciar porque en otros periódicos le atribuían lo que yo escribía en *Cine Mundial* a Fernando Solana, eso decía por ejemplo un tal Saldaña en *La Prensa*, afirmaba que Solana me usaba para decir cosas. Le atribuían, por ejemplo, mis juicios sobre Hank, que era jefe de gobierno del DF. Cuando eso llegó a un punto inconveniente renuncié, se lo dije a Fernando, y me dejó ir porque ya era latoso lo que estaba sucediendo”.

Casi al mismo tiempo que renunció a la radio, dejó también *Cine Mundial* por el mismo afán de independencia. Luis Javier Solana, comenzó a ser director de Comunicación Social del gobierno de López Portillo y Granados no aceptó trabajar más en un diario que era propiedad del vocero gubernamental.

Nuevamente se fue sin tener nada al frente. No obstante, casi de inmediato Manuel Becerra Acosta lo invitó a trabajar en *unomásuno*, un diario que Granados Chapa apoyó desde la trinchera de Radio Educación. “La figura de Scherer entre Becerra Acosta y yo fue estorbosa, tuvimos raspones feos en *Excélsior*, pero ya estaba yo fuera de *Proceso* y comenzamos a ser amigos. Cuando me invitó a ser columnista, pensé que su cenáculo no se lo permitiría. Ya antes había invitado a Manuel Buendía y tuvo que desinvitarlo porque le tuvieron desconfianza. Las columnas tenían mala fama, algunos como Carlos de Negri en *Excélsior* le sacaban raja económica, escribían elogios y ataques tasados: a tanto la línea. Pero cuando se trató de mí aceptaron”.

Becerra Acosta lo invitó además a ser subdirector a su lado. El ambiente era espléndido. Había sudamericanos que sufrían el exilio, marxistas, comunistas, trotskistas, feministas, teólogos de la liberación, homosexuales, toda clase de bohemios y noctámbulos creativos. Los tiempos coincidían con la reforma política y ahí se respiraban aires de libertad y renovación. “*Unomásuno* fue el periódico de la reforma política. Sin ser dependientes de Reyes Heróles fue el que mejor captó la esencia de la reforma, el aire de los tiempos”, señala Granados.

En 1983 empezó a gestarse un problema: apareció un sindicato de los trabajadores que a Becerra Acosta no le gustó y se generaron graves contradicciones que suscitaron la salida en

bloque de un buen número de colaboradores y accionistas, con Granados que no era accionista al frente. “*Unomásuno* alentaba la lucha sindical, era un defensor de los derechos sindicales, y el director se oponía al sindicato en la propia empresa, eso no podía ser”. Manuel Becerra Acosta temía que se descubriera lo que después se hizo público: no todos eran accionistas por igual, él era el accionista mayoritario de una sociedad anónima, editora del periódico. “Cuando se agravó la situación con el sindicato, Manuel alegó su condición de dueño y los cuatro subdirectores nos fuimos juntos: Carlos Payán, Humberto Musacchio, Carmen Lira y yo... No nos gustaba su manera de proceder con el sindicato”.

En la víspera de irse, un viernes 27 de noviembre de 1983, Granados se acordó que había dejado escrita la Plaza Pública del lunes y, como no quería que apareciera, fue al periódico a retirar la columna. No había nadie a la hora en que debería de estarse planeando el periódico. “Habíamos renunciado los subdirectores y Manuel Becerra Acosta que era el director no había llegado. Movido por un estímulo de *boyscout* tonto, convoqué la reunión de planeación del periódico y esperé a Manuel para decirle qué habíamos acordado. Llegó borracho, era muy bebedor. Me preguntó: ‘¿Tú por qué te vas? No eres accionista, no tienes problema conmigo. Quédate’. No puedo, tienen razón los que se van, estoy en ese grupo y me voy. ‘Te puedo pedir un favor, tengo invitado a Carlos Fuentes a cenar en mi casa, quédate hoy a hacer el periódico’. Me quedé a hacerlo. Pude haber hecho una trastada en publicar una editorial en su contra o explicando nuestra salida, no lo hice y tuvo la confianza en mí. Y nos fuimos a organizar *La Jornada* que apareció en septiembre siguiente”.

Dice Granados Chapa que hoy *unomásuno* pertenece al género de aquellos diarios que en tiempos de Echeverría y López Portillo se decía que imprimían más facturas que ejemplares. “Salinas le compró a Becerra Acosta el periódico a fuerza, se lo pagaron bien y se fue autoexiliado a España. En una maniobra política se lo pagaron con dinero de Gobernación; lo compró Manuel Alonso que había sido el vocero de de la Madrid. Ahora prácticamente ya no existe, se publica una hojita que no circula, ya murió... y con Becerra Acosta, también murió la amistad”.

Manuel Buendía: amigo, emblema

El 20 de febrero de 2009, en su Plaza Pública, que desde 1993 publica en *Reforma*, Miguel Ángel Granados Chapa escribió: “Tengo miedo. Un asesino anda suelto”. Se refería a José Antonio Zorrilla, ex director de la Federal de Seguridad y asesino de Manuel Buendía a quien los

magistrados federales liberaron 15 años antes de tiempo, purgando sólo 19 años de condena. “Si temo que alguien pudiera matarme es Zorrilla, le tengo miedo”, insiste.

Y las razones son evidentes. Miguel Ángel Granados Chapa es quien insinuó por vez primera que Zorrilla estaba implicado en el asesinato de Manuel Buendía y fue la voz para denunciar el crimen y promover el juicio en el que fue procesado, uniendo a la sociedad civil en defensa de la libertad de expresión y contra la impunidad. Los conoció de cerca a ambos, periodista y victimario, y ha podido tejer la urdimbre del crimen.

Manuel Buendía y Miguel Ángel Granados Chapa desayunaron juntos el 18 de mayo de 1984, dos días antes de su asesinato, en el ya extinto Sanborns de Niza y Hamburgo. “No me dijo que tuviera ninguna preocupación o que estuviera inquieto de algo. Al contrario, me llamó mucho la atención que él, que era un hombre que vivía permanentemente alerta, haya bajado la guardia. Siempre se sentaba de frente a la puerta, jamás de espalda como yo, y cuando salía a la calle en dos segundos veía lo que sucedía en la acera a la que se iba a aproximar. Traía pistola, sabía tirar, curiosamente quien le enseñó fue Zorrilla, y raro en él, esa mañana se sentó de espalda. En 20 años que debemos de habernos reunido cientos de veces, jamás lo había visto deponer su costumbre de estar alerta. No se lo comenté, me pareció de mal gusto, pero registré el hecho. Luego cobró mayor dimensión cuando lo mataron dos días después”.

Miguel Ángel se explica su asesinato justamente por esta razón: aflojó su nivel de alerta, estaba tranquilo, totalmente desprevenido. Hablaron del proceso de creación de *La Jornada* y comentaron la columna de ese día de Manuel. La plática versó sobre cuestiones cotidianas. Buendía era un hombre amigüero, especialmente era amigo de policías a quienes frecuentaba desde que se formó en la nota roja y luego como director de *La Prensa*. Se sentía en paz, bajó la guardia.

El 20 de mayo, dos días después, Miguel Ángel venía regresando a las 6 de la tarde de Palacio Nacional. Silva Herzog había invitado a la élite que creaba *La Jornada* a comer: Aguilar Camín, Carmen Lira, Humberto Musacchio, Carlos Payán y Granados. Al regresar a su oficina en la calle de Durango, en la Roma, el Fisgón, desde lo alto, le dijo a Granados: “Mataron a Manuel Buendía”. “Le respondí: No es cierto. Es la reacción más tonta, la más pueril, pero eso respondí, a pesar de que sabía que podía ocurrir”.

Llamó a la gente cercana y fue al lugar de los hechos: la esquina de Insurgentes con Hamburgo, en la acera del edificio donde estaba la oficina de Buendía. A diez cuadras. Aún vio el cuerpo de su amigo en el suelo, había sido asesinado una hora antes, a las 5. “Fue horroroso. Su

fealdad se acentuó. Fueron tres disparos por la espalda. El asesino le levantó el faldón de la gabardina azul y le disparó. No sé si fue para frenar su marcha o para tener menos obstáculos, pero fueron tres disparos certerísimos en el tórax. Sabían a quien estaban atacando, no tuvo la mínima posibilidad de responder”.

Cuando Miguel Ángel llegó ya estaba el Ministerio Público. Se enteró que José Antonio Zorrilla ya se había marchado, fue el primero en llegar, tres minutos después del asesinato. “No se me ocurrió cuestionar nada. Sólo vi el cuerpo inerte”. Ya luego habló con los ayudantes de don Manuel: Luis Soto que fue quien dio la noticia y Juan Manuel Bautista, de 20 años, que salió unos segundos después de Buendía y quedó atrás del asesino. Él y una jovencita que atendía en una tortería serían luego clave para identificar a Rafael Moro Ávila, gatillero de Zorrilla y nieto de Maximino Ávila Camacho.

Miguel Ángel cuenta que Zorrilla presidió el funeral. “Fue como de película. También llevaba una gabardina azul, la de él más oscura, y se apoderó del acto. Yo no tenía ningún elemento para saber que había sido él, pero me chocó su actitud. No estaba bien que un policía se convirtiera en el dueño del sepelio, y además no era el más cercano de los amigos”.

Zorrilla lo determinó todo, inclusive los tiempos y los oradores, uno de ellos León García Soler que escribía en *Excelsior* y ni siquiera era amigo de Buendía. “Supongo que se aprovechó de tal manera para conseguir lo que después ocurrió. Se paseaba por las salas donde estaban velando el cuerpo, cuando llegó el presidente Miguel de la Madrid que detestaba a Buendía porque unas semanas antes le dio eco a la columna de Jack Anderson, que lo acusó de corrupto exhibiendo los datos de una cuenta bancaria en Suiza. De la Madrid estaba incómodo, pero era obligada su presencia en el sepelio. Zorrilla lo recibió como si fuera el deudo principal. El presidente, delante de muchos, incluyéndome, le encargó a Zorrilla la investigación. Eso era ilegal, debería haberlo hecho la PGR, no la dirección Federal de Seguridad. Puso en sus manos absolutamente todo. Fue el primero en llegar a la escena del crimen, seguramente tapándose las orejas para no oír los disparos. Recogió indicios, inclusive una bala no percutida que cuando yo llegué una hora después ya no estaba. Cuando lo procesaron le preguntaron por qué no entregó la bala, dijo que nadie se la pidió”.

Miguel Ángel confiesa que estuvo falsamente sereno todo el tiempo. Hasta cantó con los amigos con el organista de “El Riscal” regresando del entierro, “como si no hubiéramos enterrado a Manuel Buendía”. Hasta tres días después, solo en su casa, lo asaltó el llanto que estaba guardando sin saberlo. Lloró como un niño, lloró de rabia.

Buendía era su amigo, era cercano. Había sido su primer jefe, cuando recién egresado de dos carreras en la UNAM: Periodismo y Derecho, Horacio Guajardo, editor de *Señal* y líder del Movimiento Demócrata Social Cristiano al que Granados Chapa pertenecía, los presentó. Buendía había sido depuesto por insumiso como director de *La Prensa* y buscaba dos reporteros para *Crucero*, semanario que iniciaba en aquel 1964.

En un entorno de sumisión al poder y corrupción periodística, Buendía, sabedor que llegó a la dirección de *La Prensa* por méritos propios, se rebeló contra el cacique del sindicato, Mario Santaella que ponía y quitaba directores a su antojo, y contra Humberto Romero, el secretario privado del Presidente Adolfo López Mateos. Le costó el puesto. “Buendía no era un rebelde, pero no gozaba su cadena, no lamía ataduras –señala Granados–. Buscaba una independencia que en ese periódico y en esa época no era posible”.

Buendía era un hombre aparentemente siniestro. Tenía que usar anteojos oscuros curvos para bloquear la luz, tenía agorafobia que le generaba migrañas. Pero, asegura Granados, pasada la primera impresión era un hombre muy simpático, inteligente e informado. Entre ellos, la amistad se afianzó con los años, a tal grado que en 1978, dos años después del golpe a *Excélsior*, cuando Buendía perdió su trabajo en *El Universal* y lo invitaron a escribir en *Excélsior*, antes de aceptar, buscó a Granados para comentárselo.

Le dijo: “Quisiera aceptar el ofrecimiento, salvo que a usted le produzca una reacción tal que me miente la madre. Si me la mienta, no acepto”. Señala Granados: “Le agradecí que me lo hiciera saber. Fue una deferencia increíble, y estoy seguro que si le hubiera hecho una mala cara, no hubiera aceptado. Así era nuestra amistad. Fue el columnista político más importante de su tiempo y un gran defensor de periodistas”.

Granados aprendió de él y superó al maestro, es él quien une hoy al gremio en defensa de la libertad de expresión. Aprendió de él muchas cosas: nunca escribir de nadie lo que no puede decir a la cara; no tomarse en serio los elogios porque a veces la gente felicita sin haber leído jamás una línea de sus artículos; a regresar los regalos de los políticos; y sobre todo a ser amigo solidario de los periodistas.

En 1981, cuando a Manuel Buendía lo atacó y amenazó en público Rubén Figueroa, gobernador de Guerrero, Granados organizó con Paco Martínez de la Vega un desayuno multitudinario en el Hotel del Prado con el equipo de *unomásuno* en su apoyo. “Don Manuel era una figura que cohesionaba, era un hombre combativo, muy respetado en el gremio, defensor de los periodistas. Decía que los periodistas en la Ciudad de México, especialmente los que habíamos

ganado un cierto renombre, teníamos una posición muy cómoda. El peor riesgo para nosotros, decía mordazmente, es que la grúa se lleve nuestro coche estacionado en un lugar en prohibido mientras comemos en la Zona Rosa, en cambio los periodistas en los estados se topan en la acera con el cacique del cual acaban de escribir y éstos no se andan con miramientos. Los más vulnerables del gremio, creía él, eran ellos. Por desgracia, con su muerte, se comprobó que estaba equivocado”.

Durante mucho tiempo se dijo que a Buendía lo asesinó el Estado, es decir, Miguel de la Madrid y Manuel Bartlett, su secretario de Gobernación. Granados no lo cree y tiene motivos. “De haber sido así, Zorrilla los hubiera denunciado cuando fue detenido. Nada mejor que para ser exonerado o disminuida su responsabilidad que decir: yo cumplí órdenes, y explicar en qué momento y en qué circunstancias”.

¿De dónde sacó su información Granados Chapa para insinuar antes que nadie que el responsable de la muerte era Zorrilla? “Después de matar a Buendía, Zorrilla mató a otro amigo suyo, José Luis Esqueda. Lo mató por lo mismo, porque Esqueda lo iba a denunciar. A mí me buscó una señora con la que Esqueda tenía relación, a la que conocía yo vagamente, y me contó las confidencias que él le hacía. Me dijo que Esqueda sabía que Zorrilla había sido el asesino”.

Cuando Granados escribió de ello, Zorrilla estaba huyendo por otros motivos. “Huía porque se fue sabiendo que tenía implicaciones en la muerte de Enrique Camarena, el agente de la DEA que fue asesinado por Ramón Caro Quintero”. Esa muerte provocó una gran presión norteamericana al gobierno de México y la PGR descubrió inmediatamente que el asesino era Caro Quintero. Una tropa de la judicial federal fue a Guadalajara para detenerlo y, a punto de capturarlo, Caro Quintero les mostró a los agentes su charola de la Federal de Seguridad. Tuvieron que dejarlo ir.

“Cuando los agentes le cuentan eso a sus jefes, despiden a Zorrilla de la Federal de Seguridad. Para no quedar tan desautorizados ante el gobierno de Washington, para no confesar que el jefe de la policía federal, es cómplice del asesinato, le dan la posibilidad de que sea candidato a diputado. Renuncia para ser candidato, lo registra el PRI y comienza su campaña el 4 de marzo de 1985. Cuando Zorrilla deja la policía, descubren otras cosas. Agentes que estaban agraviados con él, dicen que no sólo fue Camarena, sino que revelan en qué lugar le entregaban los narcotraficantes las maletas con dinero”.

En ese ambiente, Bartlett y de la Madrid sugirieron eliminar a Zorrilla de la lista de candidatos del PRI, “algo insólito, jamás hacen candidatos para luego quitarlos”. No se atrevieron

a detenerlo, simplemente lo eliminaron de la lista de candidatos y dejaron que se marche. “Hay una responsabilidad de ambos en propiciar que se fuera. Cuando lo dejaron ir, es justamente cuando yo escribo de la responsabilidad de Zorrilla en el asesinato de Buendía”.

En aquel momento no hubo respuesta. Más adelante se hizo público el nexo de Zorrilla con Rafael Caro Quintero y con otros narcotraficantes que le daban dinero semanalmente. De modo que se comprobó la razón. “Zorrilla y Buendía se frecuentaban. Sospecho que Buendía estaba aproximándose a una información que vinculaba a Rafael Caro Quintero y a otros narcotraficantes con la Dirección Federal de Seguridad y debe haberle hecho alguna pregunta a Zorrilla que lo alertó. Hasta pudiera haber ocurrido, es una figuración personal, dada la relación cercana que tenían, que le preguntara: ‘Oye, tengo información que te implica’, no creyéndolo, no acusándolo, más bien diciéndole: ‘Mira hasta dónde se llega’. A partir de un dato de esta naturaleza que denotaba alguna posibilidad de que Buendía estaba encontrando información que lo implicaba, como después se probó, Zorrilla lo mató”.

Carlos Salinas en 1988, al asumir la Presidencia, legitimó su poder con actos notorios y atrevidos, uno de ellos apresar a José Antonio Zorrilla e inculparlo por lo que la sociedad ya conocía: el crimen de Manuel Buendía. Sin embargo, no lo tocaron en su patrimonio al enjuiciarlo y condenarlo a más de 30 años en prisión. “Al principio también lo habían acusado de enriquecimiento ilícito, entonces se llamaba muy chistosamente enriquecimiento inexplicable, cuando era perfectamente explicable. Lo acusaron, pero no prosperó la acusación. Le dejaron una enorme fortuna. Por eso le tengo miedo, porque para un hombre avezado al uso de sicarios, un hombre con dinero y entrenamiento en el uso de personas para un propósito criminal, no hay límites. Por eso insisto: tengo miedo”.

Las amenazas de muerte y la continua búsqueda de independencia

La Jornada surge en septiembre de 1984, durante la gestión de Miguel de la Madrid y aunque el gobierno era “conservador y autoritario”, la sociedad ya se había desperezado y el ánimo de los universitarios y sindicatos era de pleno entusiasmo por el nacimiento del nuevo periódico, opuesto a la política antiliberal del gobierno.

“Desde el punto de vista del gobierno éramos la peor parte de *unomásuno*, los menos resueltos a entendernos con el gobierno. El presidente no nos quería, era muy arisco con nosotros y muy autoritario contra el movimiento sindical. No me gustaba nada su política: achicó el Estado y se manifestó opuesto a la nacionalización bancaria, privatizando y dando marcha atrás a lo que

logró López Portillo. Ordenó además que no nos diera publicidad ninguna de las oficinas públicas y, aunque teníamos una gran autonomía, padecimos penurias económicas”.

Alberto Peniche, quien antes trabajó en *El Herald* y les había vendido papel subrepticamente para iniciar *Proceso*, era ahora director de prensa de Gobernación, dependía de Manuel Bartlett, que como de la Madrid los veía con suspicacia. Peniche era una presencia amistosa, pero no rompió la regla de darles publicidad. “Un día me llamó. Sabía que me iba a pedir que no publicáramos algo que había sucedido en el Zócalo frente al Presidente. Le dije: Pídame lo que quiera, porque estoy seguro que no me pedirá nada que no pueda hacer. Respondió: ‘Ya me chingó’. Y colgó. Ya no me pidió nada más”.

Carlos Payán era el director con cuatro subdirectores: Humberto Musacchio, Héctor Aguilar Camín, Carmen Lira y Granados Chapa. Muy pronto comenzaron los problemas entre ellos. “No fue por una cuestión ideológica, fue problema de actitudes. Éramos demasiados subdirectores, todos muy autoritarios y las desavenencias surgieron por el modo de ser de cada uno de nosotros. Los primeros años, muy difíciles, la talacha la hacíamos Humberto Musacchio y yo. Había una carga de trabajo mal repartida. Primero se fue Humberto, luego Héctor, Carmen, en algún momento me quedé sólo yo de subdirector. Y yo también me fui casi un año, de 1986 a 1987. Dejé la subdirección, pero no dejé de escribir la Plaza Pública”.

Sin embargo, acepta que sí había diferencias con respecto al gobierno. Por ejemplo, Aguilar Camín era amigo de Camacho y Salinas, y estaba menos dispuesto al apoyo a los sindicatos, a pesar de que los telefonistas, electricistas y pilotos apoyaron el nacimiento de *La Jornada* y compraron acciones. “Pero no estábamos en antípodas: en *La Jornada* no había gente de derecha. Héctor ha sido un liberal y hasta de izquierda”.

1988 fue un año de definiciones intensas, un año de prueba para la organización interna del periódico por la elección y el crecimiento del Cardenismo. El periódico quedó muy claramente inmerso en la corriente de Cuauhtémoc Cárdenas, que contendía contra Carlos Salinas por la presidencia, con desagrado de algunos accionistas y fundadores como Héctor Aguilar Camín.

En la víspera de la elección asesinaron a Francisco Xavier Ovando y Román Gil Heráldez, colaboradores de Cuauhtémoc Cárdenas. “Recibí una llamada de Gobernación. No sé si fue Manuel Alonso o Fernando Pérez Correa, me pedían que no sobredimensionara el homicidio. Le dije que era imposible, que lo haría público. Al siguiente día de la Madrid tuvo que aceptar el suceso conocido. Si hubiéramos roto el principio de independencia, hubiéramos quedado en el mayor de los ridículos frente a nuestros lectores”.

La intimidación llegaba por varios frentes. Un día la amenaza de muerte le llegó a Miguel Ángel, estando en el poder Carlos Salinas. Escribió contra el Procup, una guerrilla que le parecía sospechosa de ser manejada por el Ejército para ejecutar a militantes de la izquierda revolucionaria. Escribió haciendo notar su sospecha. Al Procup no se le conocían más acciones revolucionarias que el ajusticiamiento a líderes de la izquierda, especialmente en Oaxaca.

“Me mandaron recados negando lo que yo escribía. Pero luego, me amenazaron en un periodiquito que venían de tanto en tanto a entregar a *La Jornada*. Di instrucciones a los guardias de la puerta que cuando vinieran a entregar esos boletines en paquetes, los rechazaran. Una mañana de abril de 1990, vinieron preguntaron por mí y pretendían dejar un paquete de aquel periódico engrapado, un instrumento de propaganda. Cuando se dieron cuenta los policías que era el del Procup, lo rechazaron, y entonces los mataron, a los dos guardias en la puerta de *La Jornada*. Aunque no se ostentaron como miembros del Procup, cuando se sintieron descubiertos aprovecharon la coyuntura para mandar un mensaje: ‘Cuídate, porque esto te puede pasar’. Nosotros éramos solidarios con movimientos cuyos líderes habían sido ejecutados por este grupo, brazo ejecutor del gobierno, y adquirimos una deuda: pasamos a estar en la lista”.

El Procurador Morales Lechuga le informó que le pondría un escolta, Granados se negó, “es inútil y contraproducente”. Aceptó sin embargo que pusieran guardias en la casa de sus hijos que acabó quitando porque su ex mujer los veía dormidos la mayor parte del tiempo.

Salió de *La Jornada* en 1992: “me alejé con pesar”. Se despidió de su Plaza Pública de la manera más escueta: “No sin melancolía anuncio que hoy es el último día en que aparece esta columna en *La Jornada*. He concluido mi ciclo”. Continuó su trabajo periodístico en la revista semanal *Mira*, que dirigía, así como en Radio Red y *El Norte*. La Plaza Pública se publicó unos meses en *El Financiero* y en los diarios vinculados por la Agencia Mexicana de Información, para finalmente encontrar su sede actual desde 1993: *Reforma*.

Con respecto a su salida aclara: “Quise ser director general, era director a secas desde 1988. Cuando Payán terminó sus ocho años quiso reelegirse y yo no acepté. Payán no es periodista, en su segundo periodo yo hacía el periódico, de modo que era inevitable que yo fuera el director general. Pero fue evitable. Se las arregló para convencer a los accionistas de modificar la escritura constitutiva para reelegirse nuevamente, por tercera ocasión. Yo combatí esa reforma, perdí y me fui del periódico. Me pareció inmoral modificar una de las reglas que nos aseguraban no repetir la historia de *unomásuno*. Hoy veo el desarrollo de *La Jornada* con pesar, se alejaron de las metas que nos habíamos planteado en su fundación”.

Sus detractores lo acusan de ser un resentido porque nunca fue el director que quiso ser. “Sí fui el director que quise ser. Fui el director de *La Jornada*, no fui el director general, pero en el momento en que me fui, era director en los hechos: yo hacía el periódico. No me quedó ninguna aspiración insatisfecha”.

Asegura que en *Reforma*, la retribución profesional y económica es extraordinaria, “nunca vista, del cielo a la tierra”. “Jamás ha habido nada de qué quejarme, al contrario ha habido un gran estímulo al trabajo. En 1997, cuando el PRI perdió el control a la Cámara de Diputados y era claro que por primera vez en muchos años iba a haber una vida parlamentaria más o menos intensa, me propuse ir a hacer la crónica de esas sesiones y el periódico las acogió con amplitud y generosidad. Siempre ha sido un periódico profesional, su organización empresarial es muy sólida y eso le permite su independencia que irrita a muchos: un día revela el exceso de gastos de la presidencia de la República en manos del PAN, al siguiente día algo que irrita a los partidarios de López Obrador, y luego al PRI. Es un periódico sin ataduras, son puramente empresarios periodistas, y eso es garantía de independencia. No he tenido más que motivos de reconocimiento y gratitud, y jamás he tenido que poner una sola condición”.

La relación con el poder

Cuando piensa en los ex presidentes dice: “la relación más llana fue con López Portillo, con quien más hablé fue con Salinas”. Sin embargo aclara: “Algunos periodistas se sienten marginados si el presidente no los mira o no los llama. A mí no me importa. Difícilmente se obtiene algo de provecho informativamente con la cercanía, siempre he sentido indiferencia ante los poderosos”. Sostiene que hay una cuatachería muy frecuente, más ahora que en tiempos del PRI, entre ciertos columnistas políticos a quienes les viste tener esta relación, tutearse con los funcionarios. “De ello derivan su propia importancia, de la importancia de sus amigos. Yo le rehuyo”.

Sin embargo, cuando le llaman o lo invitan, va y tiene iluminadoras anécdotas en su haber. A López Portillo, el Ateneo de Angangueo, del que Granados formaba parte, lo invitaba a sus reuniones en casa de Iván Restrepo, con Carlos Monsiváis, Elena Poniatowska, Paco Martínez de la Vega, Manuel Buendía, Alejandro Gómez Arias y Fernando Benítez, entre otros. “Había una relación cercana con él, pasaba por ser un hombre de letras, más un intelectual que un político. Era cinicón, eso le permitía ser abierto”.

Cuenta que la primera vez que lo vio era secretario de Hacienda. Invitó al Club de los Industriales en el Camino Real, a un grupo de políticos que Carlos Hank continuamente reunía:

Jorge Tamayo, Armando Labra, Enrique Rubio y Miguel Ángel, el único periodista. López Portillo se tardó y cuando llegó una hora después ya estaban de pie en grupitos. “Cuando abatió las puertas de la entrada con fuerza, yo era la primera persona con la que se topó. Me abrazó y me dijo: ‘Discúlpeme que venga tan tarde, pero vengo de un tibio lecho’. A nadie le importaba, pero él quiso hacérselo saber”.

Miguel Ángel acepta que llegó a deificar a López Portillo en 1982, sobre todo tras la nacionalización bancaria. Escribió entonces: “estimo que esta medida será beneficiosa para nuestra República”, “otro sol brilla para México”, aplaudió “el vasto oleaje de emoción”, la medida que “precisa hacer circular savia popular y nacionalista”. Aclara: “La medida me parecía importante, era necesaria, y aún hoy la aplaudo con entusiasmo, pero es cierto: lo deifiqué”.

Asegura que siempre ha guardado distancia con los poderosos y los ha denunciado cuando es preciso hacerlo. De hecho uno de los episodios más célebres de su trabajo periodístico resultó tras denunciar un rancho en Tenancingo que López Portillo estaba por estrenar, y que se vio obligado a regresar. “En agosto de 1981, supe que el gobernador Jorge Jiménez Cantú le acababa de regalar un rancho a López Portillo, por el rumbo de Toluca. Fui a ver la propiedad, era un insulto, era como el tributo de un señor feudal. Describí el rancho en mi Plaza, pero hubo una sagacidad: el rancho ya era suyo y yo dije mañosamente que estaban a punto de darle ese regalo insolente, muestra de cortesanía contraria a la vida republicana. Fingí, lo confieso”.

Esa tarde, López Portillo le escribió una carta manuscrita, que publicaría Granados en *unomásuno*, en la que el presidente señaló que nunca había tenido vocación patrimonial y que, aunque ese rancho le gustaba muchísimo, no lo aceptaría. Ello se volvió un acontecimiento en la vida pública. “Muchos años después, hablando de Reyes Heróles, en una de las conversaciones que yo le pedí para escribir mi tesis doctoral, me lo echó en cara: ‘el rancho aquel, del que usted me privó’. Tenía el rencorcito ahí metido”.

Con de la Madrid la relación fue tirante y escasa, muy receloso de *La Jornada*. No así con Salinas que era extremadamente persuasivo. Cada vez que Miguel Ángel escribía algo en lo que él no estaba de acuerdo, lo buscaba para discutir el asunto. “Lo conocí desde antes de que fuera secretario de Programación, era mucho menor que yo, un muchacho vivaracho, ayudante de amigos míos como Gonzalo Martínez Corbalá, Eladio Ramírez y Paco Martínez de la Vega, a quien le tenía devoción. Había que verlo con atención porque algo iba a pasar con él, era demasiado despierto. Cuando fue secretario de Programación nos veíamos con cierta regularidad. Cuando hicimos *La Jornada*, pasamos del desdén de de la Madrid al cercano interés de Salinas”.

Cuando Salinas fue elegido presidente, Miguel Ángel comenzó a hablarle de usted. “Me dijo: ‘pero si nos hablamos de tú’. Respondí: antes no era usted presidente”. Se estableció una relación desigual porque Miguel Ángel siguió con el usted, y Salinas, con el tú. “No podía haber nada más molesto que eso, pero no quise hablarle de tú por un atávico respeto que le tengo a la investidura”.

En *La Jornada* cuestionaron su victoria, hubo fraude: Cárdenas había arrasado. “No fue nunca tabú entre Salinas y yo hablar de las condiciones muy precarias en las que él había llegado al gobierno. Insistía: ‘yo gané’. Yo le replicaba: Nunca han probado su triunfo porque se robaron las urnas, no quieren enseñar las altas”.

Sin embargo, muy pronto en 1989 Salinas hizo cosas que a Miguel Ángel le simpatizaron: meter a la cárcel a La Quina, el corrupto líder petrolero; desplazar del sindicato de maestros a Jonguitud Barrios; y sobre todo, encarcelar a Zorrilla, asesino de Manuel Buendía. Inclusive Granados vio con buenos ojos el programa de Solidaridad: “No me engañé, era obviamente un programa político electoral, pero me hice el razonamiento de que era bueno porque beneficiaba a quienes más lo necesitan”.

En ese contexto Salinas, que era un manipulador, le hizo “una trastada” a Granados, a finales de 1992. El delegado de Pronasol quiso bautizar una escuela en Pachuca con el nombre de su madre: Florinda Chapa de Granados, educadora por más de 80 años. “Me incomodó, pero no tenía derecho a oponerme. Ya había muerto mi madre y mis hermanos se sintieron gozosamente agradecidos y honrados. Para mí era una maniobra, Salinas quería cercanía”.

Rogelio Vizcaino, el agente local del Pronasol, que antes había sido un revolucionario, “quizá hasta guerrillero, ésa fue la característica de Salinas: cooptar gente de izquierda”, fijó la fecha: un sábado por la mañana. Granados no quería ir, no se quería prestar. Tampoco podía impedirlo. En la víspera de ese sábado, recibió una llamada de Salinas: “Oye, te quiero invitar un café, ¿te parece bien mañana como a las 10 de la mañana?” Le pareció extraño que fuera en sábado, siempre se veían entre semana, pero aceptó gustoso: era la perfecta coartada para no ir a Hidalgo. “Le hablé a mis hermanos, les dije que surgió ese inconveniente de última hora y que seguramente no llegaría”.

Tomaron café, platicaron y como a las 11, Salinas dijo: “Tengo entendido que van a inaugurar la escuela de tu madre en Pachuca, te quiero pedir que me permitas acompañarte”. Se fueron en helicóptero. Los acompañó Ernesto Zedillo, secretario de Educación y José Carreño que era director de Comunicación, antes amigo de Granados y en ese momento enemigo atroz de *La*

Jornada. “Caímos del cielo. Estaban mis hermanos, la gente que no sabía que el presidente iba a llegar. Fue una sorpresa para todos. No estaba anunciado”.

Granados decidió contar el hecho en su Plaza Pública. “Quise que se sepa. No dije que me incomodó, agradecí el gesto a Salinas a sabiendas de que tenía que ver con mi oficio periodístico. Yo no iba a modificar mi criterio al examinar los actos del presidente”.

Granados en 1993 comenzó a ser muy crítico con el Tratado de Libre Comercio, uno de los principales proyectos de Salinas. Ello fue el inicio del distanciamiento. Además en Radio Mil, a donde el periodista tenía un noticiario matutino de 6 a 10 de la mañana, le dio tribuna en septiembre de 1993 a Cuauhtémoc Cárdenas, quien había contendido contra Carlos Salinas por la presidencia de la República y cuyo triunfo seguía siendo motivo de puntuales cuestionamientos por parte de la opinión pública. Ello tuvo consecuencias. Los directivos de la radiodifusora le exigieron aprobar su lista de invitados. Granados no aceptó y lo corrieron. Sucedió lo mismo con Enrique Quintana, en Stereo Cien, quien en agosto de 1994 entrevistó a Eduardo Valle, líder del 68.

Con enorme cinismo, Salinas le llamó para deplorar su salida y le ofreció el programa que quisiera en el IMER. “Le dije: Señor presidente no finjamos las cosas, sería muy ingenuo de mi parte aceptar su planteamiento, prefiero darlo por no oído, el gobierno me quita y el gobierno me pone donde quiera. ‘No fue mi gobierno’, se defendió. Le agradezco su llamada pero ni siquiera considero su invitación”. Nunca más se vieron, ni siquiera ahora, que podrían volver a hablarse de tú.

Con Zedillo no tuvo relación, había criticado acremente los libros de texto que había encargado al grupo *Nexos* cuando fue secretario de Educación, “eran un desastre y además un favor político muy grande”, y desde ese momento hubo fricción. “Nos caíamos mal, no me invitaba a hablar con él”. Sin embargo, un día, quiso usarlo y lo invitó a desayunar. “Salí de *La Jornada* peleado con Payán y pensó que haría público lo que me contara de nuestro enemigo común. Me habló de la traición de Payán”. Durante el conflicto de Chiapas, Zedillo le pidió a Payán, senador en ese momento, una intermediación con los zapatistas, una exploración para ver si era posible un diálogo. “Payán le falló, lo hizo chueco, exhibió a Zedillo, y éste estaba dolido. Como se suponía que yo también, me contó detalles para que yo los hiciera públicos. ‘Cuenta usted que estorbó la paz en Chiapas’, me dijo. No conté absolutamente nada, no me gusta ser usado, lo registré y ya”.

Lo que sí hizo Granados fue cuestionar a Zedillo. Era agosto, estaba escribiendo el informe a mano. Le preguntó: ¿no es una pérdida de tiempo que usted lo escriba? Respondió: “No me gusta como hacen las cosas los redactores”. Eso sí lo exhibió en su Plaza Pública.

Algo parecido a ese uso que los políticos quieren hacer de los periodistas, le sucedió con Carlos Hank, décadas antes, en 1982. No eran amigos, pero tenían una relación frecuente. Quería hacerle una confidencia con la obvia intención de que la hiciera pública. Eran los tiempos en que podía ser presidente de la República, salvo porque no era hijo de mexicanos. “Me dijo: ‘Lo grave de todo esto es que el impedimento no existe. El señor Hank no era mi padre, mi madre tuvo una relación con el señor fulano de tal, un mexicano cualquiera, y no tengo ese impedimento’. Ahí quedó, me quedé con una confidencia amistosa y no publiqué lo que hubiera sido un notición. Me quiso usar para que publicara: ‘Hank no tiene impedimento, puede ser presidente’. Estaba yo en *La Jornada*, y ello hubiera parecido como que el diario abanderaba su campaña. No quise hacerle juego”.

Con Fox, sólo fue cercano antes de que llegara a la presidencia. “Lo vi mucho cuando fue candidato al gobierno de Guanajuato y fue defraudado. Luego nos vimos en 1994, hasta se iba a hacer miembro del PRD. No se sentía a gusto en el PAN. Hablábamos del asunto, era voluble e inconsistente. En un momento pensaba una cosa, luego la desechaba”. Cuando fue candidato presidencial, Miguel Ángel lo buscó para entrevistarle, escribía un libro sobre él: *Fox and company*. Eludió la entrevista. “La que sí quería ser entrevistada, pero yo no quise, era Martha Sahagún que todavía no figuraba como esposa del presidente”. A Fox no le gustó el libro, que apareció en 2000, entre la elección y su toma de posesión, porque Granados expuso “las trampas de su familia para hacerse del rancho”. Nunca más llamó. De vez en vez, durante su gestión, al periodista le llamaban de las secretarías de Estado para que fuera miembro de Consejos. Nunca tuvo interés.

Con Felipe Calderón la relación se rompió desde tiempo antes de que llegara a la presidencia. De haber una cercanía con él y con Margarita, su esposa, desde que eran jóvenes en el sector juvenil del PAN, se pasó a una gélida distancia. Y hay motivos. Miguel Ángel fue candidato a gobernador por el estado de Hidalgo en 1998 y siente que Calderón “jugó chueco”.

Ese episodio, ser gobernador, lo califica como un gran error en su trayectoria. Su intención era ser candidato de Hidalgo, “su tierra”, con una alianza entre el PAN y el PRD. Andrés Manuel López Obrador era el presidente del PRD y Felipe Calderón, con quien tenía “aún más relación que con López Obrador”, era el del PAN. Sentía que su estado había sido gobernado por “indolentes y perezosos, ávidos de dinero que destinan muy poca energía al ejercicio de la política”. Quería

derrumbar la inercia del PRI, sentía que conocía a fondo la problemática de su Estado, uno de los cuatro más pobres de la República, “paupérrimo entre los miserables”, y sabía que sólo con una coalición lo lograría.

Calderón, como López Obrador, todo el tiempo hizo creer que la coalición sería posible y alimentó a Granados en ese sentido. “Pero él tenía una alianza con el gobernador Jesús Murillo Karam y estorbo cualquier posibilidad de coalición. Me resultó chocante que no lo explicitara, que no me diera la cara y dejara correr la idea de la alianza”.

Para Granados, la convención interna del PAN en la que tenía que ganarle la candidatura a Francisco Javier Berganza, un cantante, estuvo amañada. Peleó para que se anularan los resultados, se convocó a una segunda convención, pero en las mismas condiciones fraudulentas. “Hablé con Calderón esa noche, le dije que no era correcto no modificar las condiciones que provocaron el fraude. Alegó, pero no estaba realmente dispuesto a explicar nada. No podía. Estaba en falta y no se atrevió a confesarme que no quería la alianza”.

¿Por ti o por el PRD? “Por mí. Supongo que como presidente del partido estaba acostumbrado a la subordinación de los candidatos a él y al partido, y ése no iba a ser mi caso. Hubiera resultado un candidato difícil y un gobernador incómodo”.

Granados está convencido que con la alianza hubiera ganado y hubiera sido un buen gobernador. “Conozco bien a mi estado, conozco sus problemas”. Lamenta sin embargo no haber renunciado cuando las condiciones de la alianza se rompieron. “Nadie me torció la mano, nadie me puso una pistola en la cabeza, pero hubo una especie de forzamiento por parte del PRD porque había invertido demasiado tiempo en la espera de la coalición, y sus estatutos, que son rígidos para las candidaturas, lo ponían en riesgo de ya no tener candidato por la espera. Y fui candidato erróneamente, tan mal candidato que ocurrió un fenómeno singular: normalmente cuando hay elecciones simultáneas de diputados y gobernadores, el candidato a gobernador tiene más votos que los candidatos a diputados. En mi caso ocurrió lo contrario. José Carreño Carlón, que fue mi amigo cercano y ahora ya no lo somos, con mordacidad dijo que yo tenía más lectores que electores, y tuvo razón”.

Esta situación lo distanció de Felipe Calderón. Sin embargo, lo apoyó en su Plaza Pública cuando se opuso a Vicente Fox, renunció al gobierno y contendió por la candidatura a la presidencia por el PAN. “Me parecía Calderón mejor candidato que Santiago Creel, que es mi amigo, y no tuve empacho en hacerlo público”.

Cuando ganó la candidatura del PAN en 2005, Granados Chapa lo telefoneó para que le diera una entrevista para su programa en Radio UNAM. Aceptó Calderón: “Déjeme llegar a la oficina para ver la agenda y poder concertar el encuentro”. Y añadió: “Usted y yo tenemos un tema pendiente”. Habían pasado siete años. Cuando Calderón llegó a su oficina no le llamó a Granados. De hecho, la entrevista no ocurrió nunca.

Sólo recientemente, con motivo de la medalla Belisario Domínguez que le entregaría el Senado a Granados Chapa, lo invitó a hablar con él. “Supongo que para ver cuál iba a ser mi talante en el Senado, y porque meses atrás su esposa Margarita, con quien he tenido una buena relación, me invitó a comer. Comimos Javier Corral, Margarita y yo. Muy dolida ella, hablando en nombre de su marido, me preguntó por qué yo no entendía al gobierno. Le respondí: Sí lo entiendo, pero antes teníamos puntos de afinidad porque ustedes estaban fuera del gobierno, pero ahora, en el poder, se comportan exactamente igual que el PRI. Han dejado de ser críticos. Ella es una buena persona, quería expresarme su pesar porque teníamos una buena relación. Yo sabía que era cierto. Insistía: ‘Felipe y yo, como tantos de nuestra generación, nos formamos en buena medida con su trabajo. Nos duele su crítica’. Calderón no abordó ese asunto. Hablamos de generalidades de la Secretaría de Seguridad Pública. Luego cruzamos unas frases incluso impertinentes en el Senado cuando estábamos haciendo guardia ante Belisario Domínguez. Me dijo: ‘Le quiero contar tal cosa sobre Roberto Campa’. Respondí: Sí, pero en otro momento. Contestó: ‘Yo lo busco’. Y ese momento jamás llegó, no tiene gana de conversar conmigo”.

La vida tiene fin

Miguel Ángel siempre fue sano y, por lo mismo, desidioso de ir al médico. Hubo señales de la enfermedad. No sólo en él, dos de sus hermanos, Horacio y Emelia, tenían cáncer de colon y ni eso lo mandó al médico. En julio de 2007 una sobrina iridióloga le vio los ojos: “tienes anemia”. Él no lo creyó. Para diciembre el diagnóstico era claro, el mismo que el de sus hermanos. Seis meses después, a mediados de 2008, atendido por el doctor Zinzer, comenzaron las radiaciones y la quimioterapia. “Lo tomé con cierta decepción, no me quería morir y asumí conductas infantiles. Por ejemplo: dejé de pagar impuestos. Si ya me iba a morir, ¿para qué pagar? Pensé: si no me muero, pagaré con gusto los recargos. Así los estoy pagando”.

En noviembre de 2008 padeció la peor crisis, perdió 22 kilos, pesaba 48. Fue hospitalizado, completamente reseco y, por vez primera, se sintió en la antesala de la muerte. Su hermana

Emelia, que trabajaba con él, acababa de morir: parecía que ya había librado el cáncer, pero como él, se secó.

¿Tuviste miedo? “Al principio no, lo tomé con tranquilidad, con cierta decepción, pero al ver morir a Emelia, y entrar yo al hospital un mes después, el 4 de noviembre, igualmente reseco, estaba cierto que iba a morir. Sentí los pasos de la muerte.”

A Miguel Ángel no le gusta hablar de la enfermedad. A sus hijos y a Shulamit les pidió que no hicieran de eso un tema de conversación. “No quiero estar hablando de mí y de mis males. Me choca ese tipo de personas que se la pasan quejándose. La enfermedad es evidente, pero no la difundo.”

No ha cesado de trabajar, no obstante que aún continúa con tratamientos quincenales de quimioterapia. Labora como jovencito con una carga y una energía que sorprenden. A diario: el noticiero matutino en Radio UNAM; la Plaza Pública de *Reforma* que se multiplica en cientos de periódicos al interior de la República; y La Calle, artículos de cultura que publica en *Metro*. Los domingos participa en el programa “Encuentro” en Radio Fórmula que conduce Ricardo Rocha. Adicionalmente, semanalmente publica su columna Interés Público en *Proceso*. “Sólo falté las dos semanas que estuve en el hospital, mi madre me inculcó ese sentido del deber”.

Sabe que está luchando. “Para no ser triunfalista, tengo los ejemplos de Emelia y Horacio”. Sin embargo, se maneja con la lógica del alcohólico anónimo: “día a día”. Vive intensamente, se mantiene trabajando y, cuando piensa en su muerte, quiere que sea como la de Emelia. “Mis dos hermanas vivían juntas, eran solteras, Elbecia y Emelia. Todos los viernes encendían la radio a las 8:30 AM, para escuchar mi programa. Ese viernes 3 de octubre de 2008, Elbecia la prendió junto a la cama de Emelia. Estaba ya muerta, no escuchó el programa. Ya no me oyó. Así dormido quisiera yo decir adiós”.

Aún tiene pendientes que alimentan su tiempo. Una novela, *Bucareli*, que está en su mente, que narra lo que ha acontecido desde la Colonia hasta el día de hoy en la calle de Bucareli, refugio de periodistas, policías y exiliados. Su tesis doctoral: la biografía política de Jesús Reyes Heróles. Una biografía de Manuel Buendía. Y, por supuesto, su trabajo diario que emprende con manía y escrúpulo.

“Disfruto el trabajo, pero no es mi gozo”. Su gozo es el abrazo de sus hijos y nietos, un buen concierto de la Filarmónica de la UNAM o de la Sinfónica de Minería, viajar a París o disfrutar un bolero de Los Panchos con Shulamit, historiadora, con quien mantiene una relación tardía, pero libre. “Cuando en 1994, murió Arturo Herrera mi más cercano amigo, llegaron mis tres hijos al

sepelio a Pachuca sin que yo se los pidiera, y Luis Fernando que es muy alto me acogió en sus brazos, me convertí en el hijo de mi hijo, me cobijó y fue una de las sensaciones más hermosas de mi vida”.

La enfermedad ha sido una oportunidad para seguir asumiendo la vida con humor. Con sus hijos bromea recordando a Renato Leduc, un periodista muy relevante, que llegó a la vejez sin ningún patrimonio: tenía que escribir, si no, no comía. “Llegó un momento que escribía cosas terribles, perdió la cordura y la sensatez, escribía sin la mínima articulación y defendía a personajes como La Quina en textos pésimamente escritos. Un día les dije que Patricia Leduc, la hija, hizo muy mal en dejarlo seguir. Les anticipé: cuando ustedes adviertan que me pase algo semejante, que escriba yo tonterías, me lo dicen de frente. Respondieron: ‘Pues ya nos tardamos papá, desde la semana pasada debimos haberte amarrado las manos’”.

Convoca:

Apoya:

